

[HOMILÍAS SOBRE LAS VISIONES DE ISAÍAS.]

ADVERTENCIA PARA LAS SIGUIENTES HOMILÍAS.

Durante mucho tiempo hemos dudado sobre el traductor al latín de las siguientes homilías sobre las visiones de Isaías, si fue o no el gran Jerónimo, o algún otro de su época. Y aunque muchos argumentos surgieron en ambas direcciones, los más fuertes parecieron inclinarse en contra, de tal manera que en nuestra primera revisión de las Obras Jeronimianas, realizada en Verona hace más de treinta años, decidimos no atribuir esa traducción al Santo Doctor. Sin embargo, en aquel entonces nos pasó desapercibido, o al menos no le dimos la importancia debida, el argumento ineludible que se extrae del testimonio claro de Rufino, donde (en el libro XI de su Apología, número 27) señala ciertas cosas de los escritos griegos de Adamancio, en los que Jerónimo, al traducir al latín, usó de demasiada libertad, y de los errores que contenían, eliminó solo aquellos que parecían contradecir la fe católica sobre la Trinidad, mientras que otros los corrigió añadiendo o quitando ciertas cosas para darles un sentido más aceptable. Para demostrarlo con un ejemplo, cita un pasaje de la primera de estas homilías, donde después de traducir Jerónimo: "¿Quiénes son estos dos Serafines? Mi Señor Jesucristo y el Espíritu Santo", añade de su propia cosecha: "No pienses que la naturaleza de la Trinidad está en desacuerdo, si se mantienen las funciones de los nombres". Estas palabras se encuentran literalmente en esta primera homilía poco después de la mitad. Por lo tanto, es evidente que esta fue traducida al latín por Jerónimo, y no puede quedar duda de que todo este libro singular, que contiene las otras ocho, debe ser atribuido al mismo Santo Padre. Pues ni Rufino podría mentir con tanta confianza como para atribuir a Jerónimo una obra ajena, ni el mismo Santo Padre podría haber guardado silencio ante tal calumnia. Así que los argumentos anteriores que urgíamos en contra no prueban nada, y en especial el silencio del Santo Padre en el Catálogo, donde enumera otras homilías, como las sobre Jeremías, Ezequiel y Lucas, pero guarda silencio sobre estas de Isaías: incluso guarda silencio en este mismo Comentario suyo, y en el Prefacio del Comentario sobre Isaías, donde sin embargo alaba aquellas veinticinco homilías, de las cuales estas nueve son parte, y parecía que, dada la ocasión, debería haber advertido a los lectores sobre este trabajo suyo. La razón de esto no es fácil de decir, salvo la que ahora se nos ocurre. Es decir, que esta obra fue elaborada después de haber compuesto el Catálogo de sus Obras, pero cuando ya había comenzado a ser un poco más hostil hacia Orígenes. Y tal vez no lo reconoció, ya que cada vez más cauteloso, comenzó a considerar los escritos de Adamancio de poco valor; pues en esta misma obra, en el libro V de los Comentarios sobre Isaías, dice que él, Orígenes, "se pasea por los campos de la alegoría, y al interpretar los nombres de cada uno, hace de su ingenio los sacramentos de la Iglesia". No había, por tanto, razón para que mencionara y propusiera para su lectura aquellas cosas que no le parecían suficientemente aprobadas, no por su causa, sino por la de Orígenes. Además, una o dos de estas homilías (como se ha señalado específicamente sobre la quinta) estaban muy mal en griego; por eso fueron traducidas según el sentido y el orden, no también según las palabras. Y tal obra no la habría considerado digna de él mismo como autor.

TRADUCCIÓN DE SAN EUSEBIO JERÓNIMO DE STRIDON, PRESBITERO, DE LAS NUEVE HOMILÍAS SOBRE LAS VISIONES DE ISAÍAS DE ORÍGENES ADAMANCIO. (C,G,S)*

HOMILÍA PRIMERA. Y sucedió en el año en que murió el rey Ozías, que vi al Señor sentado sobre un trono alto. Cap. VI.

I. Mientras el rey Ozías vivió, el profeta Isaías no pudo ver la visión. Pues Ozías era pecador, y hacía el mal ante los ojos del Señor, y actuaba contra la voluntad de la ley divina. Entró en

el templo y en el santo de los santos, y por esto fue cubierto de lepra en la frente, de tal manera que, al salir de la ciudad, fue contado entre los impuros. Por lo tanto, un príncipe así debe morir en el alma para que podamos ver la visión de Dios. Pues no en vano está escrito: "Y sucedió en el año en que murió el rey Ozías, que vi al Señor" (Isaías VI, 1). En cada uno de nosotros vive Ozías, o Faraón, y no suspiramos, haciendo obras egipcias. Pero si muere, entonces suspiramos, como está escrito en el Éxodo. Si Ozías vive, no vemos la gloria de Dios; pero si muere, entonces vemos, tan pronto como muere Ozías, la gloria de Dios. Solo que esto sea para que reine en nosotros su palabra, quien dijo: "Yo he sido constituido rey por él" (Salmo II, 6), y no reine la ira. Hay también un rey del pecado. El Apóstol, sabiendo esto, dice: "No reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal" (Romanos VI, 12). Miserable es aquel hombre en quien reina el pecado, quien se entrega a tal rey, despreciando el reino de Dios y sometiéndose al placer. Por eso, el amante del placer no es amante de Dios. Y según el Apóstol, se dice de algunos: "Amantes de los placeres más que de Dios" (I Timoteo III). Y esto no se dice de aquellos que son completamente infieles, sino de aquellos que habitan dentro, amando el placer más que a Dios; que tienen apariencia de piedad, pero niegan su poder. Esto es por la muerte del rey Ozías, después de cuya muerte el Profeta dice haber visto la visión. ¿Y cuál es la visión? Vi al Señor sentado sobre un trono alto y elevado, etc. No todos los que ven a Dios lo ven sentado sobre un trono alto y elevado. Sé que otro profeta vio al Señor, y lo vio sentado sobre un trono, pero no alto ni elevado. Al explicar la Escritura, Daniel dice: "Fueron puestos tronos" (Daniel VII, 9), y ese trono no era alto. Y vendré para sentarme a juzgar al pueblo en el valle de Josafat. Así que aquí se sentó en el valle, y en el valle juzgará a aquel que va a condenar. Pero es otra cosa verlo sentado sobre un trono alto y elevado. Y en Miqueas: "Sale y descende Dios" (Miqueas I). Y para ver Sodoma, descende. "Descendiendo, veré si según el clamor de ellos que ha llegado a mí, han consumado" (Génesis XVIII). Así que Dios a veces se ve arriba, a veces abajo, según la dignidad de los asuntos. Vi, pues, al Señor, dice Isaías, sentado sobre un trono alto y elevado. Si veo a Dios reinando en los que están aquí, no lo veo sobre un trono alto y elevado. Si lo veo reinando en las virtudes celestiales, lo veo sentado sobre un trono alto y elevado. ¿Qué significa que dice en las virtudes celestiales? Tronos, dominaciones, principados, potestades, virtudes celestiales son. Y si lo veo, cómo reina sobre ellos en la Palabra: vi al Señor sentado sobre un trono alto y elevado. Y la casa estaba llena de su gloria. También arriba fue elevado su trono, y la casa estaba llena de su gloria. No creo que la casa esté llena de su gloria, esta que está en la tierra. Del Señor es la tierra y su plenitud (Salmo XXIV). Pero no encontrarás la plenitud de la gloria de Dios en el presente, sino si alguien ha edificado un templo para Dios, se verá la gloria de Dios, y si guarda lo que se ha dicho, la casa se verá llena de la gloria de Dios. No sé, sin embargo, si así se completa la gloria de la casa. Y en Levítico, en cuanto al presente asunto, se lee en la Colecta que sigue, que el Señor mandó hacer ciertas cosas para que se viera la gloria del Señor. Y nunca aparecerá la gloria de Dios si no se hacen estas cosas. Conocemos, sin embargo, aquellas cuando se han leído.

II. Y los Serafines estaban de pie alrededor de él, seis alas a uno y seis alas al otro. Veo dos Serafines, y cada uno de ellos tiene seis alas. Luego la disposición de las alas. Y con dos alas cubrían el rostro, no el propio, sino el de Dios; con otras dos cubrían los pies, no los propios, sino los de Dios; y con otras dos volaban. Según lo que está escrito, parece contradictorio. Si estaban de pie, no podían volar; pero está escrito: "Dos Serafines estaban de pie alrededor de él, seis alas a uno, y seis alas al otro, y con dos cubrían el rostro, y con dos cubrían los pies, y con dos volaban, y clamaban uno al otro". Pero estos Serafines que están alrededor de Dios, que solo con conocimiento dicen: "Santo, santo, santo"; por esto guardan los misterios de la Trinidad, porque ellos mismos son santos. Pues en todos los que son, no hay nada más santo que ellos. Y no dicen a la ligera uno al otro: Santo, santo, santo; sino que proclaman con

clamor una confesión saludable para todos. ¿Quiénes son estos dos Serafines? Mi Señor Jesús y el Espíritu Santo. No pienses que la naturaleza de la Trinidad está en desacuerdo, si se mantienen las funciones de los nombres. Cubrían el rostro de Dios. Pues el principio de Dios es desconocido. Pero también los pies. Pues lo último que hay en nuestro Dios no se comprende. Solo se ven las cosas intermedias. Antes de estas cosas, no sé qué había; de las cosas que son, entiendo a Dios. Después de estas cosas que serán, según lo que serán, no sé. ¿Quién se lo ha anunciado? Dijo el Eclesiastés: "Anunciadme las cosas pasadas y las últimas que serán, y diré que sois dioses" (Eclesiástico XIX). De aquí también dice Isaías: "Anunciadnos las cosas pasadas, y pondremos nuestro corazón, y sabremos, y las últimas de ellas que vendrán, indicadnos. Las cosas que vendrán, anunciadlas en el futuro, y diremos que sois dioses" (Isaías XLI). Por lo tanto, si alguien puede decir las cosas pasadas, y puede decir las últimas, es Dios. ¿Quién, pues, puede decir, excepto los Serafines, Santo, santo, santo? Pero los Serafines han desnudado una parte de Dios, por así decirlo, su mitad, y clamaban uno al otro asistiendo a Dios, y diciendo, Santo, santo, santo. Así que están de pie y se mueven, están de pie con Dios, se mueven mostrando a Dios. Entiende, pues, que cubren los rostros, cubren los pies, no se mueven las cosas que están cubiertas, no se cubren las que vuelan, y dicen: Santo, santo, santo Señor Dios de los ejércitos, toda la tierra está llena de su gloria. Se anuncia la venida de mi Señor Jesucristo, ahora, por lo tanto, toda la tierra está llena de su gloria. O ciertamente aún no está llena, pero será llena cuando se complete la oración que el mismo Señor nos mandó orar al Padre, Cuando oréis, diciendo: "Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre. Venga tu reino. Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo" (Mateo VI). Aún en el cielo está la voluntad del Padre, en la tierra aún no se ha cumplido su voluntad, para que el mismo Jesús, según la dispensación de la carne que había asumido, diga: "Me ha dado todo poder, tanto en el cielo como en la tierra" (Mateo XXVIII). ¿Acaso no tiene poder en la tierra quien tenía en los cielos? ¿Y tomaría algo del mundo, quien había venido a lo suyo? Pero para que así se creyera Dios en la tierra, como se creía en el cielo, por eso el hombre Cristo recibió el poder que antes no tenía, y hasta el presente aún no tiene todo el poder en la tierra. Pues en aquellos que pecan, aún no reina; pero cuando le sea dado también el poder sobre estos, cuando le sean sometidas todas las cosas, entonces se completará el poder, y pasará sometiendo a sí mismo todas las cosas (I Corintios XV). Sin embargo, algunos aún no quieren someterse a él, pero aún se someten a sus enemigos. Nosotros, por nuestra parte, digamos: "¿No estará mi alma sujeta a Dios?" (Salmo LIII), pues en Dios está mi salvación.

III. Y con dos volaban, y decía uno al otro: "Santo, santo, santo Señor Dios de los ejércitos: toda la tierra está llena de su gloria". Y se elevó el dintel de la puerta por la voz con que clamaban: por la voz de Jesucristo y la voz del Espíritu Santo. Si alguno de nosotros oyera la voz de Jesucristo y del Espíritu Santo clamando, se eleva el dintel de la puerta, y se hace más alto que en aquel tiempo cuando fue elevado, y cuando se dijo: "Alzad, oh puertas, vuestras cabezas, y alzaos, puertas eternas, y entrará el Rey de la gloria" (Salmo XXIV).

IV. Y la casa se llenó de humo. Por la remisión del fuego toda la casa se llenó. El humo es el vapor del fuego. Y dije: ¡Oh, miserable de mí, porque he sido herido, porque siendo hombre, y teniendo labios inmundos! No puedo entender por qué Isaías se humilló a sí mismo. Pero dice: pues la Escritura da testimonio de que sus labios son purificados por uno de los Serafines, que fue enviado para quitar sus pecados. Uno de los Serafines es mi Señor Jesucristo, quien fue enviado por el Padre para quitar nuestros pecados, y dice: "He aquí que he quitado tus iniquidades, y tus pecados he limpiado". No pienses que es una afrenta a la naturaleza si el Hijo es enviado por el Padre. De hecho, para que reconozcas la Unidad de la deidad en la Trinidad, solo Cristo en la presente lectura ahora perdona los pecados, y sin

embargo es cierto que los pecados son perdonados por la Trinidad. Pues quien cree en uno, cree en todos. Por lo tanto, que se me traiga de la altar celestial unas tenazas para que toquen mis labios. Si las tenazas del Señor tocaron mis labios, los purifican. Y si los purifican, y los circuncidan de los vicios, como dijimos recientemente, abriré mi boca con la palabra de Dios, y no saldrá más palabra inmundada de mi boca: porque siendo hombre, y teniendo labios inmundos, habito en medio de un pueblo que tiene labios inmundos. El Serafín que fue enviado purificó los labios del Profeta, pero no purificó los labios del pueblo. Pues él mismo confesó tener labios inmundos, y habitar en medio de un pueblo que tiene labios inmundos. Pero este Serafín que fue enviado no juzgó dignos a los del pueblo para que también sus labios fueran purificados, y por eso aún actúan impiamente, por eso aún se oponen a mi Señor Jesucristo, aún le maldicen con labios inmundos. Pero yo ruego que venga el Serafín y purifique mis labios.

V. Y vi al rey, al Señor de los ejércitos, con mis ojos. ¿Por qué no decimos en el presente una tradición de los judíos, verosímil, pero no verdadera, y no encontramos su solución? Dicen que por esto Isaías fue cortado por el pueblo, como transgresor de la ley, y anunciando fuera de las Escrituras. Pues la Escritura dice: "Nadie verá mi rostro, y vivirá" (Éxodo XXXIII). Este, sin embargo, dice: "Vi al Señor de los ejércitos". Moisés (dicen) no lo vio, y tú lo viste. Y por esto lo cortaron, y lo condenaron como impío. No sabían que con dos alas los Serafines cubrieron el rostro de Dios. Vi al Señor, pero Isaías no vio el rostro, ni Moisés lo vio. Moisés vio las espaldas (como está escrito). Sin embargo, vio al Señor, aunque no vio su rostro. Y aquí, por lo tanto, lo vio, aunque no vio su rostro. Por lo tanto, condenaron mal al Profeta. Y vi al rey, al Señor de los ejércitos, con mis ojos, y fue enviado a mí uno de los Serafines. No es una sola la venida de mi Señor Jesucristo, que descendió a la tierra, y vino a Isaías, y vino a Moisés, y vino al pueblo, y vino a cada uno de los Profetas: ni tú temas, aunque ya ha sido recibido en el cielo, vendrá de nuevo. Pues aunque antes de su presencia carnal vino a los hombres, él mismo es testigo anunciando y diciendo: "Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas, y apedreas a los que son enviados a ti, cuántas veces quise reunir a tus hijos" (Mateo XXIII). Cuántas veces quise. No dice, no te vi sino en esta venida, sino que dice, cuántas veces quise. Y volviéndose a cada uno de los Profetas: Yo, dice, era Cristo, quien hablaba por los Profetas. Dije, ni tú temas, y ahora es enviado Jesucristo. No miente. "Estoy con vosotros" (dice el Señor) "todos los días hasta el fin del mundo" (Mateo XXVIII). No miente. "Donde dos o tres están reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos". Por lo tanto, ya que está presente, y asiste Jesucristo, y está preparado y ceñido el sumo sacerdote para ofrecer al Padre nuestras intercesiones, levantándonos ofrezcamos sacrificios al Padre por medio de él. Pues él es la propiciación por nuestros pecados, a quien sea la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA SEGUNDA. De lo que está escrito: "He aquí que la virgen concebirá en su vientre", etc. Cap. VII.

1107 I. En cuanto a lo dicho, Achaz actuó con modestia cuando se le ordenó pedir una señal en lo profundo o en lo alto, y explicó por qué no quería pedirla (Isaías VII). Dijo: No pediré, y no tentaré al Señor. Sin embargo, fue reprendido por estas palabras, y se le dijo: Escuchad ahora, casa de David: ¿Os parece poco cansar a los hombres, que también cansáis a mi Dios? Luego se le da esta promesa: Por tanto, el Señor mismo os dará una señal. He aquí que la virgen concebirá y dará a luz un hijo, y llamarás su nombre Emmanuel. Estas cosas deben ser explicadas, y veremos las demás, necesitando en ellas la gracia de Dios para que se manifiesten. Se le ordena que pida una señal, no simplemente, sino para sí mismo. Pues el discurso dice: Pide para ti una señal del Señor tu Dios en lo profundo o en lo alto. La señal

propuesta es mi Señor Jesucristo. Esta es la señal que se le ordena pedir para sí mismo en lo profundo o en lo alto. En lo profundo, porque Él es quien descendió. En lo alto, porque Él es quien ascendió sobre todos los cielos. Sin embargo, esta señal propuesta, mi Señor Jesucristo en lo profundo y en lo alto, no me sirve de nada si no se convierte para mí en un misterio de su profundidad y altura. Pues cuando yo haya recibido el misterio de Cristo Jesús de lo profundo y lo alto, entonces recibiré la señal según el mandato del Señor, y se me dirá como a alguien que tiene en sí mismo lo profundo y lo alto: No digas en tu corazón, ¿Quién subirá al cielo? Esto es, hacer descender a Cristo. ¿O quién descenderá al abismo? Esto es, hacer subir a Cristo de entre los muertos [Al. retirarse]. La palabra está cerca de ti, vehemente en tu boca y en tu corazón (Rom. X). Por tanto, se nos ordena a todos que pidamos para nosotros esta señal, para que la señal que el Señor Dios da en lo profundo y en lo alto nos sea útil. Si hay alguien que sepa y con contemplación racional reconozca lo que se ha dicho, en lo profundo y en lo alto, no se dice de manera disyuntiva, pues significa que puede ser ambas cosas. Pide para ti 1108 una señal del Señor en lo profundo y en lo alto. Y en la promesa, el Apóstol dijo: Para que conozcamos qué es lo profundo, lo alto, la longitud y la anchura (Efesios III). Y Achaz dijo, no pediré. Fue incrédulo. Pues dijo: Pide para ti mismo. Pero el pueblo hasta hoy no pide la señal, por eso no lo tiene, y el pueblo que no recibe a mi Señor Jesucristo ofrece un desafío al Señor. Luego sigue otra cuestión. Pues al decir él: No pediré, ni tentaré al Señor, y considerando que sería una tentación si pidiera una señal, dice: Escuchad ahora, casa de David. ¿Os parece poco cansar a los hombres, que también cansáis a mi Dios? No ofrece, sin embargo, un desafío al Señor, ni a los hombres, quien pide una señal en lo profundo o en lo alto. El desafío de Dios es cómo salvar al hombre. Por tanto, no ofrece un desafío al Señor quien busca la salvación. Pero quien, mientras el Señor lucha por salvar al hombre, huye de la salvación y se aleja del Señor, ofrece un desafío al Señor. Por eso el Señor mismo os dará una señal. He aquí que la virgen concebirá [Al. recibirá], y dará a luz un hijo, y llamarás su nombre Emmanuel (Mat. I, 13). La verdad de los ejemplares de este Profeta dice, llamarás. En Mateo sabemos que se lee: Y será llamado su nombre Emmanuel. No podemos decir que sea necesario hacer menos del Profeta. Pero, ¿cómo tiene el Evangelio esta escritura? ¿Será que alguien que no entendía, y corriendo hacia lo más fácil, como ha sucedido en muchos otros casos, lo hizo así desde el principio, para que alguien diga que el Evangelio fue publicado, quien quiera que lo considere? El Profeta ciertamente dice claramente, y llamarás su nombre Emmanuel. Conozco a alguien que al inicio de las escrituras del Evangelio leyó: Y llamarás su nombre Emmanuel, y dijo para sí mismo: ¿Qué significa llamarás? ¿Quién llamará? Achaz. ¿Y cómo pudo Achaz escuchar sobre el Salvador, que vino después de muchas generaciones: Llamará su nombre Emmanuel: y así, en lugar de lo que es llamarás, escribió será llamado? 1109 Pero observa que no se dice a Achaz: Y llamarás su nombre Emmanuel, sino que parece claramente dicho a la casa de David: Escuchad ahora, casa de David: ¿Os parece poco cansar a los hombres, que también cansáis a mi Dios? Por tanto, el Señor mismo os dará una señal. He aquí que la virgen concebirá y dará a luz un hijo, y llamarás su nombre Emmanuel. Pero cuando no entendemos lo que se ha dicho, no hagamos menos de ello, ni corramos hacia lo más fácil, sino esperemos hasta que la gracia de Dios nos lo someta a través de la iluminación del conocimiento, la iluminación de la cuestión: o ciertamente, de nuevo, la gracia de Dios a través de quien quiera nos ilumine, para que no busquemos más, sino que nuestra cuestión se resuelva. Pero si precipitadamente nos lanzamos a lo que no entendemos, nos culparemos a nosotros mismos. ¿Qué es entonces la casa de David? Si David es Cristo, como he probado frecuentemente, nosotros somos la casa de David, la Iglesia de Dios: y se nos dice a nosotros que somos la Iglesia, que no ofrezcamos el desafío a Dios mencionado antes, sino que primero recibamos del Señor esa señal. Estas cosas no se dicen a la casa de David. Y se profetiza que si alguien es de la casa de David, llamará su nombre Emmanuel. Pues en la venida de Cristo, solo nuestra Iglesia dice de

Cristo: Dios con nosotros. Habiendo explicado esto como la gracia de Dios lo ha dado, busquemos ahora otros enigmas.

II. Comerá mantequilla y miel. ¿Cómo se profetiza que Cristo comerá mantequilla y miel? Si esto se expone, con la ayuda del Señor, de nuevo lo que sigue nos traerá otra cuestión. Ojalá todos hiciéramos lo que está escrito: ¡Escudriñad las Escrituras! Muchos alimentos corporales se mencionan en las Escrituras como alimentos espirituales. Como niños recién nacidos, deseemos la leche racional y sin engaño (I Pedro II, 2). Por tanto, sin duda hay una leche racional, y debemos buscar este tipo de leche. De nuevo, en los Proverbios está escrito sobre la miel: Come miel lo suficiente, no sea que te hartes y la vomites (Prov. XXV, 16). ¿Acaso el Espíritu Santo se preocupa por esta miel conocida, no sea que comamos demasiado? Pero ciertamente el Espíritu Santo siente la miel espiritual, y dice: Come miel lo suficiente. ¿Qué siente el Espíritu Santo que nos ordena, que si encontramos miel, pues la miel es encontrable, comamos lo suficiente? Ve, dice, a la abeja, y aprende cómo es trabajadora (Prov. VI). Y se encuentran los Profetas siendo abejas. Pues moldean ceras y hacen miel, 1110 y si me conviene decirlo, sus escrituras son panales que han dejado. Y queriendo, ven a las Escrituras, y encuentra miel. Pero come miel. Y en los Proverbios se dice de nuevo: Pues el panal es bueno, para que se endulcen tus labios (Prov. XXIV, 13). ¿Crees que el Espíritu Santo dice esto, come miel que está en uso, pues es buena? Yo no me atrevo a decir que el Espíritu Santo me ordena comer miel corporal. He aquí que no tengo, o ciertamente soy de tal naturaleza que no puedo comer miel: ¿por qué razón me dice, come miel, y no comas carne, sino come, hijo, miel; pues es buena? Si ves a los Profetas como abejas, y su obra como miel o panales, entonces verás cómo por la dignidad del Espíritu Santo entiendes, come miel, hijo; pues es buena. Si alguien medita en las palabras divinas, y se nutre de los discursos de las Escrituras, cumple el mandato divino que ordena, come miel, hijo: y haciendo lo que se ordena, obtiene el discurso que sigue, Pues es buena. Porque es buena esta miel que se encuentra en las Escrituras. Pero lo que se dice: Ve a la abeja, es de este tipo. Hay una cierta (por así decirlo) abeja sobre las abejas: y así como entre las abejas hay un rey que se nombra como rey: así el príncipe de las abejas es el Señor Jesucristo, a quien el Espíritu Santo me envía, para que coma miel, pues es buena, y su panal para que se endulcen mis labios. Y tal vez las letras más sutiles sean los panales, pero la miel es el entendimiento que está en ellas. Este que ha nacido de la virgen, Emmanuel, come mantequilla y miel, y busca de cada uno de nosotros comer mantequilla. ¿Cómo busca de cada uno de nosotros mantequilla y miel? El discurso lo enseñará. Nuestras obras dulces, nuestros discursos suavísimos y útiles, son las mieles que come Emmanuel, que come este que ha nacido de la Virgen. Pero si nuestros discursos están llenos de amargura, ira, animosidad, molestia, lenguaje obsceno, vicios, contienda, ha puesto en mi boca hiel, y no come de estos discursos el Salvador. Pero el Salvador comerá de los discursos que están entre los hombres, si sus discursos son miel. Probemos esto con las Escrituras. He aquí que estoy a la puerta y llamo. Si alguien abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo. (Apoc. III, 20). Por tanto, él mismo promete que cenará de lo nuestro con nosotros, pero es cierto que también nosotros cenamos con él, si cenamos con él. Comiendo de nuestros buenos discursos, obras, y entendimiento, nos alimenta con sus alimentos espirituales, y divinos, y mejores. Por eso, porque es bienaventurado recibir al Salvador, con las puertas del corazón principal abiertas, preparémosle mieles, y toda su cena: para que él nos lleve a la gran cena del Padre en el reino de los cielos, que está en Cristo Jesús, a quien sea la gloria y el dominio por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA TERCERA. De las siete mujeres. Cap. XI.

1111 I. Siete mujeres sufren oprobio, y van buscando a quien pueda recibirlas, quien pueda quitar su oprobio. Estas siete mujeres prometen comer su propio pan, y vestirse con sus propias vestiduras. No necesitan su pan, sino el nombre de aquel que pueda quitar su oprobio. No necesitan las vestiduras del hombre que toman. Tienen mejores vestiduras de las que el hombre puede ofrecerles. Tienen alimentos más exquisitos de los que la condición humana puede otorgar. Por tanto, es digno considerar de quién son estas siete mujeres, y cuál es su oprobio. Las siete mujeres son una, pues son el Espíritu de Dios. Y esta una, son siete. Pues el Espíritu de Dios es espíritu de sabiduría e inteligencia, espíritu de consejo y fortaleza, espíritu de ciencia y piedad, espíritu de temor del Señor (Isaías XI). Esta sabiduría sufre oprobio de muchas sabidurías que se levantan contra ella. Este verdadero entendimiento soporta oprobio de entendimientos falsos. Este gran consejo es reprochado por muchos consejos no buenos. Esta fortaleza es maldecida por una cierta, que aunque no es fortaleza, promete ser fortaleza. Esta ciencia sufre oprobio de una cierta ciencia de falso nombre que usurpa su nombre. Esta piedad es reprochada por aquella que, aunque se dice ser piedad, es impiedad, e instruye a los impíos. Este temor sufre oprobio de aquel que se cree ser temor. Pues muchos prometen el temor divino, pero no temen con conocimiento. Por tanto, consideremos cómo estas siete sufren oprobio. Mira la sabiduría de este siglo, mira la sabiduría de los príncipes de este mundo, cómo reprochan la sabiduría de mi Cristo, y cómo reprochan la sabiduría del verdadero judaísmo, según el cual somos circuncidados espiritualmente, pero ellos son cortados. Entiende, por tanto, cómo la sabiduría de este siglo y de los príncipes de este mundo, maldicen a la sabiduría: y por esto se busca un hombre que esté con estas siete espirituales 1112 como mujeres, para que quite su oprobio. Propiamente hay un hombre que quita su oprobio. ¿Quién es este hombre? Jesús que salió según la carne de la raíz de Jesé hecho del linaje de David según la carne, predestinado Hijo de Dios en poder según el espíritu de justificación (Rom. I). Pues salió una vara de la raíz de Jesé. La vara no es el primogénito de toda criatura, la vara no es quien en el principio era con Dios el Verbo Dios; sino la vara de la raíz de Jesé, a quien según la carne nació; Pues salió una vara de la raíz de Jesé, y una flor de su raíz subirá. ¿Quién es la flor, y cuál es la raíz? Pues ambos están sujetos a lo mismo. Sin embargo, hay una diferencia en los asuntos. Pues si eres pecador, no es para ti la flor, ni verás la flor, que es de la raíz de Jesé. Pues vendrá a ti la vara, como el Discípulo de la vara y la flor habla. De la vara dice: ¿Qué queréis, que venga a vosotros con vara? De la flor: ¿O con el amor de Dios y el espíritu de mansedumbre? Pues salió de la raíz de Jesé la vara de sabiduría para quien es castigado con suplicios, vara para quien necesita reprensión, vara para quien necesita ser corregido. Pero la flor para quien ya ha sido instruido, y no necesita corrección dura, o ciertamente no necesita castigos, sino que ya puede florecer y salir al fruto perfecto. Pues primero se muestra la flor, luego después de la flor se hace la vara, y sale al fruto. Salió una vara de la raíz de Jesé, y una flor de su raíz subirá, y reposarán sobre él siete mujeres, el espíritu del Señor, el espíritu de sabiduría e inteligencia reposará sobre él. Pues el espíritu de sabiduría no reposó en Moisés, el espíritu de sabiduría no reposó en Josué, el espíritu de sabiduría no reposó en cada uno de los Profetas, en Isaías, en Jeremías.

II. Ni tampoco me lapidéis como blasfemo, mientras deseo glorificar a mi Señor Jesucristo: sino que, soportando, considerad lo que se dice, y veréis que en ninguno de ellos reposó el espíritu, 1113 no porque no vino a ninguno de ellos, sino porque en ninguno reposó. Vino sobre Moisés, y Moisés no creyó después del espíritu de sabiduría que vino a él. Escuchad, pues, dice, rebeldes: ¿Acaso de esta roca sacaré agua para vosotros? Vino sobre todos los justos, vino también sobre Isaías, pero ¿qué dice? Tengo labios impuros: y habito en medio de un pueblo de labios impuros (Isa. VI): Vino el espíritu de sabiduría después de aquel carbón y fuego, vino a quien tenía labios impuros, pero no reposó. Aunque lo usó como

ministro, no reposó. Se aflige a quienquiera que venga el espíritu. Pues todo hombre peca, ni hay justo sobre la tierra que haga el bien, y no peque. Nadie está limpio de inmundicias, ni aunque su vida sea de un solo día, y sus meses estén contados (Job XV). Por tanto, sobre ninguno reposa. Podemos también probar del Evangelio, que el espíritu vino sobre muchos, y no permaneció en ellos. Hace poco se leyó: No permanecerá mi espíritu en estos hombres para siempre. No dice, no estará, sino que no permanecerá. Juan vio a uno solo, en quien permaneció, y esta era la señal: Sobre quien veas al espíritu descender, y permanecer en él, este es el Hijo de Dios. Ministró ciertamente al Verbo de Dios con el espíritu descendiendo: después de un poco peca, después de un poco habla palabra ociosa: pero no sé si también permanece sin pecado. ¿Crees que, con el espíritu presente, se permite pecar? Por tanto, sobre ninguno reposó el espíritu de Dios según lo que está escrito: Salió una vara de la raíz de Jesé, y una flor de su raíz subirá, y reposará sobre él el espíritu de Dios, el espíritu de sabiduría, el espíritu de inteligencia, el espíritu de consejo y fortaleza. Por esto es el ángel del gran consejo: por esto prevaleció, y ascendiendo en fortaleza, las virtudes se maravillan de él ascendiendo, y dicen de él: Este es el Señor fuerte y poderoso en batalla. Aún diré ascendiendo a las cosas celestiales, o a su fortaleza: Y reposó sobre él el espíritu de consejo y fortaleza. Mi fortaleza, y mi alabanza es el Señor, y se ha convertido en mi salvación. Por tanto, reposó sobre él el espíritu de Dios, el espíritu de sabiduría e inteligencia, el espíritu de consejo y fortaleza, el espíritu de sabiduría y piedad, y lo llenó el espíritu de temor del Señor.

III. Las mujeres, por lo tanto, buscando a quién tomar, tomarán a un hombre entre siete. Y esto depende de lo anterior, y primero es necesario conocer cuándo siete mujeres tomarán a un hombre. Cuando los fuertes de Jerusalén hayan sido humillados, cuando sus adornos, las cajas de las hijas de Sion, hayan sido despojados, cuando ella haya sido dejada sola, cuando haya sido derribada a la tierra, entonces siete mujeres tomarán a un hombre diciendo: Comeremos nuestro propio pan y nos vestiremos con nuestras propias ropas; sin embargo, que tu nombre sea invocado sobre nosotras. Entonces tomarán y verdaderamente sostendrán siete mujeres a un hombre, a Jesucristo nuestro Señor, según se entiende como hombre, según nació, según asumió el cuerpo. Siete mujeres tomarán a un hombre, diciendo: Comeremos nuestro propio pan. Muchos hombres caminan, y ninguna mujer los toma, ningún hombre les agrada. No es por la escasez de hombres que toman a un hombre; no es por la rareza del hombre que querían, tal como buscaron: encontraron solo a un hombre a quien tomaron, para decirle: Comeremos nuestro propio pan y nos vestiremos con nuestras propias ropas. Hay un cierto alimento de sabiduría, hay un cierto alimento similar de entendimiento, y de los otros espíritus. ¿Quién es este alimento? No temo decirlo, hay otro alimento fuera de estos: tal vez como mi alimento es la palabra de Dios, quien dice: Yo soy el pan vivo que descendió del cielo y doy vida al mundo (Juan VI): así el alimento de la sabiduría es el mismo Padre. Por esto es: Mi alimento es hacer la voluntad de aquel que me envió, para completar su obra (Juan IV). No se debe pensar que la sabiduría y el entendimiento, y los otros espíritus, carecen de algo, porque tienen otro alimento, ya que el alimento de toda la dispensación es la naturaleza de Dios. Comeremos nuestro propio pan y nos vestiremos con nuestras propias ropas. Hay un cierto adorno de sabiduría con el que se decora. La sabiduría está adornada con la palabra. Cada una de estas mujeres tiene adornos. Sin embargo, que tu nombre sea invocado sobre nosotras, quita nuestra afrenta. ¿Cuál es el nombre de la sabiduría? Jesús. ¿Qué significa, Que tu nombre sea invocado sobre nosotras? Yo soy la sabiduría, quiero ser llamada por tu nombre, para que yo, la sabiduría, sea llamada Jesús, para que el entendimiento y el gran consejo y la fortaleza, y la ciencia, y la piedad y el temor de Dios sean llamados Jesús, para que todo en todos sea tu nombre. Que tu nombre sea invocado sobre nosotras, quita nuestra afrenta. En verdad, Jesús quitó la afrenta. Por eso, levantémonos

y oremos a Dios, quien envió a este hombre, para que el espíritu de las siete mujeres repose en él, para que este hombre nos conceda la comunión de estas mujeres: para que al tomarlas nos volvamos sabios, entendidos en Dios y en los hombres, adornando nuestra alma con virtudes en Cristo Jesús, a quien sea la gloria y el dominio por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA CUARTA. De la visión de Dios y los Serafines. Cap. VI.

I. Es imposible encontrar el principio de Dios. Nunca comprendes el principio del origen de Dios. No digo tú, sino tampoco nadie, ni ninguna otra cosa de las que existen. Solo el Salvador y el Espíritu Santo, que siempre estuvieron con Dios, ven su rostro: y tal vez los Ángeles que ven continuamente el rostro del Padre que está en los cielos, ven también los principios de los asuntos. Así también los Serafines ocultan sus pies ante los hombres. Pues las cosas últimas, como son, no pueden ser narradas. ¿Quién anunciará las cosas últimas? dice la Escritura (Isaías XLI). Lo que vemos (aunque se conceda que vemos algo) son cosas intermedias: lo que fue antes del mundo, lo ignoramos. Sin embargo, hubo ciertas cosas antes del mundo. Lo que vendrá después del mundo, no lo comprendemos con certeza. Pero habrá otras cosas después del mundo. Por lo tanto, las cosas que están escritas: En el principio creó Dios el cielo y la tierra, pero la tierra era invisible y desordenada, y las tinieblas estaban sobre el abismo, y el espíritu de Dios se movía sobre las aguas, son comprendidas (Gén. I). Estas aguas eran puras, sobre las cuales reposaba el espíritu de Dios. Pero también las tinieblas que estaban sobre el abismo no son innatas. Ambas cosas fueron creadas de la nada. Escucha en Isaías al Señor diciendo: Yo soy Dios que construí la luz, y creé las tinieblas (Isaías XLV). Escucha a la sabiduría proclamando en los Proverbios: Antes de todos los abismos fui engendrada (Prov. VIII). Estas cosas no eran innatas, pero cuándo o cómo nacieron, no lo sé. Pues los Serafines velan las cosas anteriores a las obras de Dios, es decir, el rostro de Dios: y de manera similar también los pies. Las cosas que después del fin del siglo serán en los siglos de los siglos, ¿quién puede explicarlas? Es de charlatanes prometer el conocimiento de estas cosas, ignorando que el hombre solo puede captar las cosas intermedias, y las que después del mundo hasta la consumación en el juicio serán, sobre los castigos, sobre la retribución. Y de estas también muchas están ocultas para nosotros, para que por esto esté escrito: Con dos velaban el rostro. No solo velaban, sino que también cubrían, es decir, velaban de tal manera que no se viera ni un poco de las cosas anteriores, digo del rostro: ni se reconociera un poco de las cosas últimas, esto es, de sus pies. Con dos volaban. Las cosas intermedias están abiertas para contemplar. Y clamaban uno al otro. No uno a muchos, sino uno al otro. Pues nadie puede escuchar la santidad de Dios que es anunciada por el Salvador, según la dignidad de la cosa, sino el Espíritu Santo: así como nadie puede habitar la santidad de Dios que es anunciada por el Espíritu Santo, sino solo el Salvador. Por eso clamaban uno al otro, y decían: Santo, santo, santo. No les basta clamar una vez santo, ni dos veces, sino que asumen el número perfecto de la Trinidad (Isaías VI), para manifestar la multitud de la santidad de Dios, que es la repetida comunidad de la santidad trina, la santidad del Padre, la santidad del Hijo unigénito, y del Espíritu Santo. Pues el que santifica y los santificados son todos de uno (Heb. II). El que santifica es el Salvador, según esto que el hombre recibe la santidad de Dios Padre. Dicen entonces: Santo, santo, santo, Señor Dios de los ejércitos. Sabaoth se interpreta (como lo transmitió Aquila) Señor de las huestes,

II. Toda la tierra está llena de su gloria. Antes la casa estaba llena de gloria, pero ahora a los que están sobre la tierra, es profetizado por los Serafines, que será, que toda la tierra será llena de la gloria de mi Dios Cristo. En todos aquellos que con su conducta glorifican a Dios, está la gloria de Dios, y así toda la tierra está llena de la gloria de Dios. Antes no toda la tierra estaba llena de la gloria de Dios, sino un rincón de la tierra, cuando se decía: Conocido es Dios en Judea, en Israel grande es su nombre. Gloria a Dios, que envió a su Hijo, para que

toda la tierra se llenara de su gloria. Pero ¿de qué te sirve, si la tierra está llena por las iglesias de los bienaventurados, que dondequiera que estén, son la gloria de Dios, pero tú no eres partícipe de la plenitud de la gloria de Dios? Y tú también, por lo tanto, trabaja, y esfuérzate en todo para que seas buscando la gloria de Dios, para que habite y encuentre lugar en ti, y también tú seas con toda la tierra, en la que está la gloria de Dios, llena, de su gloria. ¿Cómo se hace por cada uno de nosotros la plenitud de la gloria de Dios? Si lo que hago, lo que hablo, se hace para la gloria de Dios, mi palabra y mi acción se llenan de la gloria de Dios. Si mi proceder, y mi entrada es para la gloria de Dios, si mi comida, si mi bebida, si todo lo que hago se hace para la gloria de Dios, también yo soy partícipe de esta declaración: Toda la tierra está llena de su gloria. Cuando, por lo tanto, haya hecho todas estas cosas, el dintel se elevó por la voz de los Serafines, que clamaban. Bienaventurado es, por lo tanto, cada uno de nosotros trabajar de tal manera que se haga partícipe de la puerta, y del dintel de la puerta, que según el entendimiento es Cristo Dios. Pues no creo indecoroso decir que la puerta es la carne, y el dintel es llamado la palabra.

III. El dintel se elevó por la voz que clamaban, y la casa se llenó de humo. Este humo es un don de la gloria de Dios: Y dije: ¡Oh, miserable de mí, porque he sido herido! ¿Antes de que veas la visión, no confiesas que eres miserable, oh Isaías? No dijo: mientras vivió Ozías, ni vino a mi mente que fuera miserable. Pero comienzo a saber que soy miserable, cuando veo la visión, muriendo para mí el rey Ozías leproso, y digo: ¡Oh, miserable de mí! (Paral. XXVI). Ahora comienzo yo también a confesar al Señor, y a decir de mí mismo: ¡Oh, miserable de mí! ¿Cómo dice Isaías: ¡Oh, miserable de mí!? Próximo a esto también el Apóstol dice: ¡Miserable de mí, quién me librá de este cuerpo de muerte! (Rom. VII, 24). Bienaventurado es, por lo tanto, que me confiese miserable. Si me humillo, y llorando en penitencia por mis pecados, Dios me escuchará, y me dará un libertador, y diré gracias a Dios por Jesucristo nuestro Señor (Ibid., 25). Pero digamos de corazón, soy miserable. Cada uno recuerde las causas de sus miserias, y los delitos, y digamos levantándonos para la oración, recordando como confesando, pero olvidando como ya no haciendo, y digamos: Soy miserable, porque he sido herido. No fue herido antes de ver la visión, antes de que Ozías muriera: cuando comienza a hacer penitencia, inmediatamente dice: porque he sido herido. Si alguien está sin sentido según el hombre interior, siendo pecador, no es herido: pero así como en los miembros exteriores puedes aplicar un estímulo, el cuerpo muerto no siente: de la misma manera si aplicas al pecador las palabras divinas muerto por el pecado, y no hace penitencia, ni está triste, ni se arrepiente, ni tiene la tristeza que obra la confesión, la tristeza que es según Dios. Pero si alguien quiere salvarse, y escucha las palabras de quien lo reprende, y lo corrige, inmediatamente dice: ¡Oh, miserable de mí! Ni basta decir, miserable de mí: debe añadirse a esto, porque he sido herido. ¡Ojalá fuéramos más heridos! Cuanto más somos heridos, tanto más se nos desatan las cadenas de los pecados. Por esto aquel Acab no obtuvo mucha utilidad, porque no fue muy herido (III Reyes XXI): pero fue herido solo una vez. Por eso se dijo: ¿Viste cómo fue herido Acab? Pero si alguien fuera tal que no cesara de ser herido, dice de manera similar al Apóstol: No soy digno de ser llamado Apóstol por esto que perseguí la Iglesia de Dios (I Tim. I). Y: A mí, el menor de todos los santos, me fue dada esta gracia (Gal. I). Y: Fiel es Dios, porque Jesucristo vino a este mundo, a salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero (I Cor. XV). ¿Ves cómo fue muy herido, y no una vez, sino siempre escribiendo, y hablando, y actuando fue herido? como también Isaías en el presente, quien dice: ¡Oh, miserable de mí, he sido herido, porque siendo hombre, y teniendo labios inmundos, y habitando en medio de un pueblo que tiene labios inmundos. Notemos también otra cosa, que los pecados de Isaías no estaban en los hechos, sino solo en las palabras. Por eso dice: Porque siendo hombre, y teniendo labios inmundos. Pero también el

pueblo tenía labios inmundos. No le convenía acusar al pueblo, y decir que había más pecados en él, que de labios inmundos.

IV. Y vi al rey, al Señor de los ejércitos, con mis ojos. Si alguna vez pensamos en Dios, mientras aún somos pecadores, también digamos, lo que ahora dice el Profeta: Y fue enviado de mí uno de los Serafines. ¡Qué bueno es Dios! Porque, dice, escucho a Isaías confesando, pues dijo: ¡Oh, miserable de mí, porque escucho al penitente, pues dijo: He sido herido: porque pronunció sus propios delitos diciendo: Porque siendo hombre, y teniendo labios inmundos, y habitando en medio de un pueblo que tiene labios inmundos. Y yo, aún hablando él, digo: He aquí estoy. Y fue enviado a mí uno de los Serafines, y en su mano tenía un carbón. El carbón es llevado al Profeta, para que por la quema del fuego se purifiquen sus labios, que alguna vez pecaron. ¿Quién es este uno de los Serafines? Mi Señor Jesucristo, este según la dispensación de la carne fue enviado teniendo en su mano un carbón, y diciendo: Fuego vine a traer sobre la tierra.

V. ¡Y ojalá ya ardiera! Y fue enviado a mí uno de los Serafines, y en su mano tenía un carbón, que había tomado con unas tenazas del altar. No es simplemente y fortuitamente que el Profeta es purificado por el fuego, sino que es del altar de Dios. Si no has sido purificado por el fuego del altar, te queda aquel, del que se dijo: id de mí al fuego eterno, que está preparado para el diablo y sus ángeles. No es tal fuego del altar. Todos deben ser entregados al fuego, pero no todos a un mismo fuego, a otros el fuego del altar los espera, a otros el fuego, que está preparado para el diablo y sus ángeles. Por lo tanto, toque los labios de nuestra mente y alma la palabra que corrige, para que también nosotros digamos: y tocó mi boca. Si purifico mi boca, para que nada ocioso, nada insensato, nada torpe, nada escurridizo (para nombrar todo de una vez), nada de lo que está prohibido, hable, entonces podemos decir: tocó mi boca. Pero mientras tenga labios inmundos, y haga cosas inmundas por las palabras del pecado, no toca mi boca el fuego del altar, ni es enviado a mí uno de los Serafines.

VI. Y dijo: He aquí toqué tus labios, y quité tus iniquidades, y tus pecados he circumpurgado. Que nos muerda la palabra divina, que queme nuestras almas. Digamos al escuchar: ¿No ardía nuestro corazón en nosotros? para que sean quitadas nuestras iniquidades, y nuestros pecados, y hechos puros con boca pura, y corazón puro, y toda la conciencia pura, demos gracias al Dios todopoderoso en Cristo Jesús, a quien sea la gloria y el dominio por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA QUINTA. De lo que está escrito: ¿Quién elevó de Oriente la justicia, y de la visión nuevamente de otra manera. Cap. VI.

(Esta Alocución en griego fue muy incorrecta, por eso fue traducida según el sentido y el orden, no también según las palabras.)

I. Dice el Profeta que Cristo es la justicia viviente y pensábamos que solo por el Apóstol se había dicho que Cristo es justicia, y santificación, y redención, y sabiduría (I Cor. I). Pero tal vez también el Apóstol instruido por los Profetas, sabía que la justicia es animada y viviente: ¿Cuál es esta justicia? El Unigénito de Dios. Pero no solo por el Apóstol se originó que Cristo es justicia y viviente, y subsistente justicia; sino que encontrarás también por los discursos proféticos este misterio presentado a nosotros. Ciertamente y desde el capítulo, en el que ahora la lectura se detuvo: ¿Quién, pues, dice, hizo surgir de Oriente la justicia, y la llamó a sus pies? (Isaías VI). Llamó a la justicia. Es manifiesto que es animada, si camina llamada. Pero el Padre llamó a Cristo, más bien para que verdaderamente digamos, Dios llamó al

hombre justicia a sus pies, es decir, la encarnación de su Hijo. Por eso también adoramos el escabel de sus pies, según lo que está escrito: Adorad el escabel de sus pies, porque es santo. La carne del Señor, en efecto, asume el honor de la deidad. Pero que el principio de la lectura necesita una exposición más alta, oremos al rey supremo, para que la palabra, que llamada se había ido, a nosotros nuevamente regrese, para que pocas cosas según nuestra posibilidad expliquemos.

II. Y sucedió en el año en que murió el rey Ozías: Vi al Señor sentado sobre un trono alto, y la casa estaba llena de su gloria; y los Serafines estaban alrededor de él, cada uno con seis alas. Con dos cubrían su rostro, con dos cubrían sus pies, y con dos volaban, y clamaban el uno al otro, diciendo: Santo, santo, santo es el Señor Dios de los ejércitos, toda la tierra está llena de su gloria: y lo demás. Pero para que también nosotros veamos la visión que vio Isaías, invoquemos a Jesús, quien dio ojos a los que no veían. Pues él puede venir ahora y hacer que veamos con ojos abiertos lo que en la lectura de los sacramentos se ha dicho: prometámosle ya no hacer del cuerpo de Cristo el cuerpo de una prostituta, ni realizar obras dignas de luto. Cada uno de nosotros hable así en su corazón a Dios, y roguemos para que su venida se realice ahora. Porque si Jesús no viene, no podemos ver estas cosas. Ruego que también a mí se me envíe un Serafín, y, tomando un carbón con las tenazas, purifique mis labios: ¿y qué digo mis labios? Isaías era santo, y por eso solo sus labios fueron purificados, porque solo con los labios, es decir, con la palabra, había pecado. Pero yo no soy tal, como para poder decir que solo tengo labios impuros; temo más bien tener un corazón impuro, ojos impuros, oídos impuros, boca impura. Mientras peque en todas estas cosas, soy totalmente impuro. Si veo a una mujer para desearla, ya he cometido adulterio con ella en mi corazón. He aquí que tengo ojos impuros. Si de mi pecho salen pensamientos perversos, adulterios, fornicaciones, falsos testimonios, he aquí que tengo un corazón impuro. ¡Cuán hermosos son los pies de los que anuncian la paz, de los que anuncian cosas buenas (Is. LII)! Pero yo temo que, corriendo hacia el mal, tenga pies impuros. Extiendo mis manos al Señor. Y tal vez, volviendo su rostro, dice: Si extendéis las manos, apartaré mi rostro de vosotros (Is. I, 19). ¿Quién, entonces, me purifica? ¿Quién lava mis pies? Jesús, ven, tengo los pies sucios, por mí hazte siervo: pon tu agua en tu jofaina, ven, lava mis pies. Y sé que es temerario lo que digo. Pero temo la amenaza del que dice: Si no te lavo los pies, no tendrás parte conmigo (Jn. XIII). Por eso, lava mis pies, para que tenga parte contigo. Pero ¿qué digo, lava mis pies? Pedro pudo decir esto, quien no necesitaba sino que solo sus pies fueran lavados, pues estaba completamente limpio. Yo más bien, una vez que he sido lavado, necesito de aquel bautismo del que el Señor dice: Tengo otro bautismo con el que ser bautizado. ¿Por qué decimos estas cosas? Me preparo a mí mismo y a los oyentes para los mayores misterios. Si, sin embargo, viene, si desciende a nosotros la palabra de Dios: temo que me evite, que incluso desprecie mi bendición. La palabra huyó una vez del pueblo por un solo pecador, Acar; huyó, digo, la palabra del pueblo por un solo pecador, Acar, hijo de Zambri, hijo de Zara, de la tribu de Judá, quien fue desobediente a Dios, y por eso fue anatematizado (Jos. VII, 25). Y porque ahora hay una multitud de pueblo por la preparación, y especialmente en el día del Señor, que es conmemoración de la pasión de Cristo (pues la resurrección del Señor no se celebra una vez al año, sino siempre después de siete días), orad al Dios todopoderoso, para que venga a nosotros su palabra. Aunque seáis pecadores, orad al Señor. Dios escucha a los pecadores. Pero si teméis aquello que se dice en el Evangelio: Sabemos que Dios no escucha a los pecadores (Jn. IX, 13), no os asustéis, no lo creáis. Fue un ciego quien dijo esto. Más bien, creedle a él, quien dice y no miente: aunque vuestros pecados sean como la grana, como la lana los blanquearé (Is. I, 18). Y: Si queréis y me escucháis, comeréis de los bienes de la

tierra (Ibid., 19). Si queréis escuchar ahora, oremos juntos al Señor, para que al menos ahora, con la llegada de la palabra, podamos entender las palabras proféticas dichas.

III. Sucedió, dice, en el año en que murió el rey Ozías, vi al Señor sentado sobre un trono alto. La visión fue atribuida. ¿Por qué se indicó el tiempo del rey? Prestad atención a cuándo surgió la visión. Cuando murió el rey Ozías, Isaías vio al Señor de los ejércitos sentado sobre un trono alto. Si alguno de los nuestros sabe quién fue Ozías y qué hizo, puede conocer lo que el Profeta enseñó por el espíritu, lo que nos presenta la palabra divina. Iré a la vida de Ozías, y buscaré en los libros de los Reyes y en la historia de las Crónicas sobre Ozías: allí veré que es necesario, si ha de ser, que vea al Señor de los ejércitos sentado sobre un trono alto, que muera para mí el rey Ozías (II Cr. XXVI). Este Ozías, descendiente de la semilla de David y reinando en el pueblo de Judá, mientras vivió Zacarías, quien entendía (pues así está escrito en el segundo libro de las Crónicas), hizo lo recto ante los ojos del Señor. No contento con esto, hizo grandes luminarias para el Señor, y compuso el templo de Dios, y muchas fueron sus virtudes en la religión. Pero cuando murió Zacarías, el que entendía, entonces hizo el mal. ¿Quién es este que hizo el mal? Era rey, no sacerdote. Un orden es el real, otro el sacerdotal. Quiso entrar en el templo y actuar como sacerdote, y hacer la obra que no le fue concedida. Entró antes que los sacerdotes, y tomó el vaso de la libación. Pero entró también el sumo sacerdote, que en ese tiempo era, y ochenta sacerdotes con él; el sumo sacerdote le dijo: ¿No eres tú Ozías, y no sacerdote? Persistió violentamente, y la lepra subió a su frente. Fue expulsado muerto, salió del templo, el Señor lo sacó. Así, se convirtió en leproso por la transgresión de la ley. Cada uno está bajo el reino, ya sea del pecado o de la justicia. Si el pecado reina en mí, soy uno de los reyes de Israel, que entraron violentamente en el templo. Si soy justo según la medida de mi progreso, y hago lo recto, y persevero ante los ojos de Dios, la justicia reina en mí. Pero mientras vivió leproso, Isaías tuvo labios impuros. Mientras vivió el iniquo, Isaías no pudo ver al Señor de los ejércitos, y tuvo labios impuros, pues estaba bajo un rey iniquo. ¿Cuándo comienza a ver la visión de Dios? En el año en que murió Ozías. Cosas similares a estas, y de muchos escritos, podrás decir, con la ayuda de Dios. En Éxodo está escrito algo similar: Y sucedió que después de muchos días, murió el rey de Egipto, y los hijos de Israel suspiraron, y su clamor subió a Dios (Éx. II, 23). Mientras vivió Faraón, los hijos de Israel no suspiraron, y puestos en peor situación, ni siquiera tuvieron la libre facultad de gemir. Pues vivía el rey, que les mandaba hacer ladrillos y paja. Mientras vivió Faraón, no suspiraron a Dios: cuando murió Faraón, entonces pudieron levantar sus rostros mojados de lágrimas. Vive el rey maligno en nuestro pecho, mientras vive Faraón, el diablo. Entonces trabajamos en ladrillos y paja, y entonces devoramos las lágrimas en silencio, y hacemos las primeras obras de iniquidad. Pero cuando muere, visitándonos el Señor Dios, entonces suspiramos al Señor. Por eso, oremos al Señor, para que el reino del pecado, que está en nuestro cuerpo mortal, muera. Porque el pecado, dice, murió: yo, sin embargo, reviví. (Rom. VII, 9). Y de nuevo, el pecado revivió, yo, sin embargo, morí (Ibid., 10). Al morir uno, que tiene el reino del pecado, Ozías, muere también Faraón. Cuando muere el rey pésimo, levanto mis ojos al cielo, y Dios escucha mi voz, como Abraham, Isaac y Jacob: y veo al Señor de los ejércitos sentado, y reinando sobre un trono excelsa, a quien el pueblo no vio. Pues aún no había muerto Ozías. Quiero interponer algo similar de buena cosa, que es contraria a esto. Este mismo Ozías, mientras vivió Zacarías, el que entendía, no pecó ante los ojos de Dios; al morir Zacarías, se apartó del Señor, donde gobernó al pueblo, y dirigió la ciudad. Estas cosas, leyendo día y noche, y escuchando al Señor decir: Debías haber puesto mi dinero en el banco; y yo, al venir, lo habría cobrado con intereses (Mat. XXV), no guardemos en un pañuelo la mina confiada, ni enterremos el dinero en la tierra, sino que lo prestemos a los pueblos. Y cuando hayamos creído la cuenta del Señor, os corresponderá a vosotros ver cómo devolvéis lo confiado con intereses. Amén.

HOMILÍA SEXTA. De lo que está escrito: ¿A quién enviaré, y quién irá por nosotros?, hasta el lugar donde dice, Y se conviertan, y los sane. Cap. VI.

I. Viendo Isaías al Señor de los ejércitos sentado sobre un trono alto y elevado, viendo también a los serafines que lo rodeaban, y recibiendo la remisión de los pecados por medio de aquel fuego, que traído del altar, purificó sus labios con su contacto, dice haber oído la voz del Señor no mandando, sino incitando y diciendo: ¿A quién enviaré, y quién irá a este pueblo? Luego dice haber respondido al Señor: Aquí estoy yo: envíame a mí. Habiendo llegado a este lugar, y escudriñando lo que está escrito, encuentro que Moisés hizo una cosa, e Isaías otra. Moisés, elegido para sacar al pueblo de la tierra de Egipto, dice: Envía a otro a quien debas enviar (Éx. IV, 13), y parece incluso contradecir a Dios. Isaías, sin embargo, no elegido, sino oyendo ¿a quién enviaré, y quién irá?: Aquí, dice, estoy yo, envíame a mí. Es digno, entonces, comparar cosas espirituales con espirituales, y buscar quién de los dos actuó mejor: si Moisés, que después de ser elegido, rehusó: o Isaías, que ni siquiera elegido, se ofreció a sí mismo para ser enviado al pueblo. Pues no sé si alguien puede, atendiendo a esa aparente contradicción de asuntos en ambos, decir que Moisés hizo lo mismo que Isaías. Yo, audazmente, comparando a dos santos y bienaventurados hombres, decido y digo que Moisés actuó con más modestia que Isaías. Moisés, en efecto, consideraba la magnitud de presidir al pueblo para sacarlo de la tierra de Egipto, y resistir a los encantamientos y maleficios de los egipcios. Por eso dice: Envía a otro a quien debas enviar. Este, sin embargo, no esperando oír qué se le mandaría decir, como si hubiera sido elegido: Aquí, dice, estoy yo, envíame a mí. Por lo cual, porque ignorando qué se le mandaría decir, como si hubiera sido elegido, Aquí, dice, estoy yo, envíame a mí: se le ordena decir cosas que eran indeseadas para quien las decía. ¿No era indeseable ser mandado a profetizar, comenzando con maldiciones, diciendo: De oído oiréis, y no entenderéis, y viendo veréis, y no percibiréis: Porque el corazón de este pueblo se ha engrosado, y lo demás? Quizás, entonces (si es que es conveniente decirlo audazmente), recibió como recompensa de su temeridad y audacia, ser mandado a decir cosas que no deseaba profetizar. Porque hemos comparado a Isaías y Moisés, comparemos también otra comparación cercana de Isaías y Jonás. Aquel es enviado a predicar la destrucción a los ninivitas después de tres días, y le pesa partir, no queriendo, por causa de los males de la ciudad. Este, sin embargo, no esperando qué se le mandaría decir, dice: Aquí estoy yo, envíame a mí. Es bueno no lanzarse a las dignidades, principados y misterios de la Iglesia que son de Dios, sino imitar a Moisés, y decir con él: Envía a otro a quien debas enviar. Pues no viene al principado de la Iglesia quien quiere salvarse, aunque presida; sino al servicio de la Iglesia, si es necesario decir también del Evangelio: Los príncipes de las naciones se enseñorean de ellas, y los que tienen autoridad sobre ellas son llamados bienhechores. No será así entre vosotros: pues no se enseñorean los príncipes entre vosotros, sino que el que quiera ser mayor entre vosotros, será el menor de todos (Mc. IX). El que quiera ser el primero, será el último de todos. Por tanto, quien es llamado al episcopado, no es llamado al principado, sino al servicio de toda la Iglesia. Si quieres creer de las Escrituras, que en la Iglesia es siervo de todos quien preside, que te convenza el mismo Salvador y Señor, quien siendo tan grande, se hizo en medio de los discípulos, no como quien se sienta a la mesa, sino como quien sirve. Pues tomando una toalla, después de haberse despojado de sus vestiduras, se ciñó, y poniendo agua en un lebrillo, comenzó a lavar los pies de los discípulos, y a secarlos con la toalla con que estaba ceñido. Y enseñando cómo deben ser los príncipes como siervos, dice: Vosotros me llamáis maestro y señor, y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, vuestro señor y maestro, os he lavado los pies, también vosotros debéis lavaros los pies unos a otros (Jn. XIII). Por tanto, el príncipe de la Iglesia es llamado al servicio, para que pueda, desde este servicio, ir al trono celestial, como está escrito: Os sentaréis sobre doce tronos,

juzgando a las doce tribus de Israel (Mt. XXIV). Escucha también a Pablo, un hombre tan ilustre, diciendo que fue siervo de todos los creyentes: Porque yo soy, dice, el menor de los apóstoles, que no soy digno de ser llamado apóstol, porque perseguí a la Iglesia de Dios (I Cor. XV). Pero como esto no parece aprobar su servicio, sino solo su humildad; escúchalo decir: Nos hicimos pequeños en medio de vosotros, como si una nodriza cuidara a sus hijos, cuando podíamos ser gravosos, como apóstoles de Cristo (I Tes. II). Por tanto, nos conviene ser imitadores de las humildes palabras y hechos del mismo Señor y de su apóstol, y hacer lo que hizo Moisés, para que incluso si alguien es llamado al principado, diga: Envía a otro a quien debas enviar (Éx. IV). Dice a Dios: No soy digno desde ayer ni anteayer. Soy de voz débil y de lengua torpe. Y porque dijo a Dios humildemente, soy de voz débil y de lengua torpe, escucha de Dios: ¿Quién dio boca al hombre, y quién hace al sordo y al mudo, al que ve y al ciego? ¿No soy yo el Señor Dios? Cree a Dios, conságrate a él. Aunque seas de voz sutil y de lengua torpe, entrégate a la palabra de Dios. Dirás después: Abrí mi boca y atraje el espíritu (Sal. CXVIII). Estas cosas, pues, por lo que dijo Isaías: Aquí estoy yo, envíame a mí.

II. Hagamos también en parte, y con él. Pues quiso, habiendo recibido ya la gracia de Dios, no recibirla en vano, sino usarla para lo necesario. Viendo a los Serafines, viendo al Señor de los ejércitos sentado sobre un trono alto y elevado, dijo: ¡Oh, miserable de mí, porque estoy compungido, porque siendo hombre, y teniendo labios impuros, habito en medio de un pueblo que tiene labios impuros, he visto al rey, al Señor de los ejércitos con mis ojos! Diciendo esto y haciéndose miserable, merece ayuda, recibiendo Dios su humildad: ¿Cuál es esta ayuda? Fue enviado, dice, a mí uno de los Serafines, y tenía en unas tenazas un carbón, que había traído del altar, y tocó mis labios y dijo: He aquí que he quitado tus iniquidades, y tus pecados he purificado. Obtuvo el beneficio, hecho limpio, y recibiendo la remisión de los pecados. Cuando oyó: ¿A quién enviaré al pueblo, y quién irá por nosotros? No por la conciencia anterior se atrevió a decir: Aquí estoy yo, envíame a mí. Pero cuando oyó: He aquí que he quitado tus iniquidades. Por tanto, porque los santos son compungidos, y se requiere entre Moisés e Isaías, satisfagamos por Moisés, y también por Isaías, dándoles a ellos de las Escrituras su parte. Moisés no recibió la remisión de los pecados, para decir como ya consciente de ser purificado, envíame a mí, por lo que dice: Envía a otro a quien debas enviar; pues tenía en su conciencia la muerte del egipcio, y tal vez como hombre sabía que tenía también otros pecados, por eso rehúsa. Este, sin embargo, no como justo por naturaleza pide el ministerio, sino como quien ha recibido gracia. Así también Moisés, si hubiera recibido una gracia similar, y hubiera oído, he aquí que he quitado tus iniquidades, y esto he purificado tus pecados, tal vez no habría dicho: Envía a otro a quien debas enviar. Por tanto, tiene algo de razón tanto Moisés rehusando, como Isaías diciendo: Aquí estoy yo, envíame a mí.

III. Pero veamos también lo que el Señor ordena que se diga al pueblo: Ve y di al pueblo: Oiréis con vuestros oídos, y no entenderéis, y viendo veréis, y no percibiréis; porque se ha engrosado el corazón de este pueblo, y han oído con pesadez de oídos, y han cerrado sus ojos: para que no vean con los ojos, ni oigan con los oídos, ni entiendan con el corazón, y se conviertan, y yo los sane. Conociendo de dos maneras la audición del discurso, y reconociendo la doble constitución, es decir, una corporal y otra espiritual, o profetizando al pueblo sobre lo que sucedería en la venida de Cristo, porque habría un tiempo en que oirían y no entenderían. Pues cuando oían a mi Señor Jesucristo, solo escuchaban la voz de las palabras, no el sentido. Y esto se manifiesta porque hablaba al pueblo en parábolas: pero a los discípulos se las explicaba en secreto. Profetiza, pues, lo que sucedió: Oiréis con vuestros oídos, y no entenderéis (Mat. XIII). Además, lo que fue profetizado al pueblo sobre la Venida del Señor, el mismo Salvador dice: Bien profetizó de vosotros Isaías diciendo: Oiréis con

vuestros oídos, y no entenderéis. Concedamos, pues, que el pueblo escuchando las palabras del Señor no pudo conocer lo que se decía. Veamos, sin embargo, qué significa esto que sigue: Y viendo veréis, y no sabréis. No porque alguien viera lo que hacía el Salvador, inmediatamente podía entender por qué se hacía. Por ejemplo (tomemos un ejemplo), lavó los pies de los discípulos. Y veían bien cómo el maestro lavaba los pies a los discípulos; pero también lo veían otros que estaban presentes, pero solo lo que se hacía, no también por qué se hacía. La lavación de los pies era una similitud, porque el Verbo de Dios lavó los pies de los discípulos. Por eso el Salvador dice a Pedro, que se resistía y decía: No lavarás mis pies. ¿Qué dice? Lo que yo hago tú no lo entiendes ahora, pero lo entenderás después (Juan XIII). ¿Qué haces ahora, dice Pedro? Te veo lavando nuestros pies, y el lebrillo puesto, ceñido con una toalla, y sirviéndonos, y secando nuestros pies. Pero porque esto no era un asunto corporal, sino espiritual. El Salvador desnudo envía agua espiritual al lebrillo según las Escrituras, y lava los pies de sus discípulos, para que cuando estén limpios, asciendan al que dice: Yo soy el camino (Juan XIV, 6), y no llenos de polvo, que quiso sacudir sobre los indignos, y no recibiendo la paz, ni dignos de lo que se decía. Y porque esto era lo que se significaba, por eso dice: Lo que yo hago, tú no lo entiendes ahora, pero lo entenderás después. Esto era lo que también se dijo a los demás: Porque me llamáis maestro y señor, y bien decís. Pues lo soy. Si yo, pues, el señor y maestro, he lavado vuestros pies, también vosotros debéis lavaros los pies unos a otros. Entonces, ¿esto dice, que el obispo enviando agua al lebrillo y despojado de sus vestiduras, y ceñido con una toalla, con mi extensión, lave mis pies? Pues dice, vosotros debéis lavaros los pies unos a otros. Si esto es lo que se dice, nadie de vosotros guardará el mandato. Pues nadie, asumiendo una toalla, diácono, o presbítero, o obispo, lava los pies a cualquiera que venga. Pero si entiendes lo que está escrito, los verdaderamente bienaventurados obispos sirviendo a la Iglesia, envían agua de las Escrituras al lebrillo del alma, que es según las Escrituras, e intentan lavar las suciedades de los pies de los discípulos, y limpiarlas, y arrojarlas. Y si los obispos guardan el mandato imitando a Jesús, así también los presbíteros. ¡Ojalá yo también reciba ahora agua, que pueda lavar los pies de vuestra alma! para que cada uno de vosotros diga cuando haya sido lavado: Lavé mis pies, ¿cómo los ensuciaré? (Cant. III). Pues esto dice la esposa en el Cantar de los Cantares, no mostrando pies corporales lavados, sino pies que no tropiezan. De los cuales dice Salomón: Que tu pie no tropiece (Prov. III, 23). De los cuales también está escrito en los salmos: Pero mis pies casi se movieron (Sal. LXXIII). Y también las viudas que se constituyen en las Iglesias: Si lavó los pies de los santos, dice (I Tim. V). Pero si quieres oír más claramente, cómo la viuda lava los pies de los santos, escucha a Pablo en otro lugar constituyendo a las viudas, y diciendo: Bien enseñando, para que hagan castas a las jóvenes, lavando las suciedades de los pies de las jovencitas. Y estas viudas son dignas de honor eclesiástico, cualquiera que lave los pies de los santos con el discurso de la doctrina espiritual, no de los santos varones, sino de las mujeres. Pues no permite enseñar a la mujer, ni tener autoridad sobre el hombre. Quiere que las mujeres enseñen bien, para que persuadan a la castidad no a los jóvenes, sino a las jovencitas: pues es indecente que la mujer se convierta en maestra del hombre, sino que persuadan a la castidad a las jovencitas, y a amar a sus maridos y a sus hijos. Aprendamos, pues, a lavar los pies de los discípulos. Esto se ha dicho por esto: Viendo veréis, y no sabréis. Porque si algo se hacía por el Salvador, por aquellos que no entendían, se veía según el cuerpo, no se veía según la razón: pero por aquellos que entendían, se veía según los ojos, pero también se veía según el entendimiento, de modo que no se cumpliera sobre los bienaventurados viendo, esto que se dijo: Viendo veréis, y no sabréis, sino sobre los pecadores. Pero también oremos para ver todo el Evangelio de dos maneras, cómo se hicieron las cosas según el cuerpo, cuando nuestro Salvador vino a la tierra. Pues cada cosa que se hacía en el cuerpo era una similitud y un tipo de lo futuro. Por ejemplo, alguien ciego de nacimiento recuperó la vista (Juan IX): pero

verdaderamente este ciego de nacimiento era el pueblo de los gentiles, al que el Salvador devolvió la vista, ungiendo sus ojos con su saliva, y enviándolo a Siloé, que se interpreta enviado. Pues enviaba a aquellos que ungió con el espíritu para que creyeran, a Siloé, es decir, a los Apóstoles y maestros, porque está escrito de Siloé, que se interpreta enviado. Y cada vez que comenzamos a ser visitados por Jesús, para recibir los ojos del alma, nos envía a Siloé, esto es enviado. Y cada uno de nosotros, cuando lee lo que se hizo en los Evangelios, ore para que no se cumpla también en él: Viendo veréis, y no sabréis (Juan VII).

IV. Pero si, como piensan los más simples, lo que se hizo, no se hizo por nosotros, sino solo por sí mismo, y no eran ejemplos de otra cosa, expliquen qué sentido tiene esto que se dijo: Viendo veréis, y no sabréis. Pues si no tenían algún sentido sagrado las cosas que se veían, para que con los ojos carnales también se miraran espiritualmente, nunca habría dicho: Viendo veréis, y no sabréis. Para la aprobación de esto, y de otro escrito del Evangelio, presentaremos un testimonio, que según aquellos que solo siguen la letra, es mentira. Dice nuestro Salvador y Señor a los discípulos en el Evangelio según Juan: Si creéis, no solo haréis las cosas que yo hago, sino que haréis cosas mayores que estas (Juan XIV, 12). Veamos, pues, si los discípulos hicieron algo mayor. ¿Qué es más grande que resucitar a un muerto? ¿Quién, no digo de nosotros, sino de los Apóstoles, resucitó a un muerto? La historia refiere que Pablo resucitó a Eutico de entre los muertos; y Pedro a Tabita, que se interpreta Dorcas (Hechos IX). Estas cosas, y otras semejantes, se pueden encontrar: ¿dónde están las mayores? Pero también el Salvador hizo que los ciegos volvieran a ver, y lo que es mayor, a aquellos que así nacieron. Que muestren aquellos a quienes vieron ciegos de nacimiento curados por las manos de los Apóstoles (Mat. IX). Y quien busque puede encontrar otras infinitas cosas en los Evangelios, porque ni los Apóstoles hicieron cosas mayores que estas, ni sus sucesores. Pero el discurso de la Escritura dijo algo así: De las cosas que yo hice corporalmente, vosotros haréis cosas mayores. Yo hice resucitar de entre los muertos corporalmente, vosotros haréis resucitar de entre los muertos espiritualmente. Yo infundí esta luz sensible a los ciegos, vosotros daréis la luz espiritual a los que no ven. Hasta este día veo que estas señales mayores que las corporales, que hizo Jesús, se hacen por los discípulos más fieles de Jesús. ¿Acaso no ven ahora los ciegos? ¿y los cojos andan, y los leprosos son limpiados? ¿y se hacen las demás cosas? Si aquel que ayer estaba ciego acercándose a un ídolo, como a un dios, hoy invoca al Dios vivo, abandonando lo anterior, ¿no ve? ¿Acaso no aquel que ayer estaba cojo por el pecado, ahora por la doctrina de los discípulos, enseñado en el camino verdadero, camina con paso firme? Aquel que ayer tenía la mano seca, e inútil para hacer el bien, hoy recibiendo la mano, ¿no la tiene viva? Si ves a alguien contaminado, y teniendo lepra en el alma, de repente arrepentirse, y compungido por el discurso de la doctrina, no te avergüences de decir que es mayor que este leproso espiritual, que alguno haya sido purificado carnalmente. Y esta oración se ha extendido más abundantemente, deseando mostrar qué es esto que se dijo: Y viendo veréis, y no entenderéis.

V. ¿Cuál es la causa de que oyendo no se entienda, y viendo no se vea? Se ha engrosado, dice, el corazón de este pueblo (Isaías VI). Pues es necesario entender también de dónde viene esto, no es la misma la gordura corporal que la espiritual, ni es la misma la delgadez corporal que la espiritual. Pues lo que es corporalmente grueso, se hace en la carne, y no me perjudica si mi corazón carnal se engrosa, ni me beneficia si se adelgaza por enfermedad, o por cualquier causa. Así como dicen que se adelgaza la gordura y todo lo que es grueso alrededor de su corazón, cuando se consumen por enfermedad, así también dicen que se adelgaza. ¿Qué, pues, me perjudica si mi corazón corporal se engrosa? Supongamos que mi corazón se adelgaza, ¿qué me beneficia esto? Pero el corazón, llamado con el nombre del corazón corporal, se nombra como el principal de nuestra alma, como es evidente por lo que

se dice en el Evangelio: Bienaventurados los de limpio corazón (Mat. V). Pues no son de limpio corazón aquellos que no tienen sangre, o cualquier materia corporal internamente. Pero se dijo: Bienaventurados los de limpio corazón, por lo que significa: Bienaventurados los que tienen limpio el principal del alma. Se nombra el principal por el corazón. 1131 Pues ya que el principal de nuestra alma, que se dice estar en el corazón corporal, ya sea que nuestro corazón esté limpio, o impuro: impuro cuando salen de él pensamientos malos, homicidios, adulterios, robos, falso testimonio, blasfemias: limpio cuando hay pensamientos santos, y entendimientos divinos, y mente pura: por esto se debe considerar que se dice que está adelgazado por el Espíritu Santo de aquel que se salva: pero engrosado, y sofocado por la maldad de aquel que peca. Pues se dice del Espíritu Santo, que es según la sabiduría, que es múltiple, tenue, móvil (Sab. VII), y que el justo recibe este espíritu sutil. Pues este espíritu difiere de todos los espíritus intelectuales, puros, sutiles. Es, pues, el principal del corazón tenue, que está concretado por el vicio de la materia corporal, lleno de pensamientos corporales, que están en reprehensión. Así se dice: Se ha engrosado el corazón de este pueblo. Entiende que el corazón está engrosado porque no hay nada en él más que preocupaciones humanas y carnales. Pues así como la materia del cuerpo es gruesa, de la misma manera también el intelecto corporal, y los pensamientos. Por lo cual, cuando se han puesto dos cosas, engrosarse el corazón por las preocupaciones mundanas, y adelgazarse por la preocupación espiritual, cuando alguien piensa en las cosas del Señor, despojando la gordura del corazón, y sabiendo que si su corazón se engrosa, no recibirá las palabras de Dios, ni verá los sacramentos de la salvación, depositemos también nosotros la gordura, y asumamos lo que se ha dicho delgadez, para que también nosotros digamos como el Profeta: Mi alma ha tenido sed de ti, mi carne te ha deseado en tierra seca, desierta y sin agua, así en el santuario te he visto (Sal. LXIII), no como si hubiera sido santo naturalmente, sino si la prudencia de la carne se consume, y si la prudencia de la carne se consume, entonces en el santuario apareceré ante él. Esto en explicación de lo que se dijo: Se ha engrosado el corazón de este pueblo.

VI. Sigue, pues: Y con sus oídos han oído pesadamente. No me perjudica si oigo pesadamente corporalmente, ni esto me causa que no oiga las palabras de Dios. Pues así como no me perjudica la ceguera corporal, si no ha sido cegada mi alma: así tampoco la ligereza, ni la pesadez de la audición corporal me impide nada. Hay otra pesadez de audición, que perjudica al alma del hombre. ¿Cuál es esa pesadez, que está en la audición del alma? El pecado según las Escrituras es grave. Por lo cual, sintiendo alguien sus pecados, dice: Como carga se han agravado sobre mí (Sal. XXXVIII). Y porque la iniquidad es grave, por esto se sienta sobre el talento de plomo, como está escrito en Zacarías (Zac. V). Pero los egipcios no porque tuvieran cuerpos pesados, fueron sumergidos como plomo en el agua vehemente (Éxodo XV), sino porque sus almas estaban agravadas al talento de plomo sobre el cual se sentaba la iniquidad: por lo cual fueron sumergidos como plomo en el agua vehemente. La pesadez, pues, de los oídos se produce por el pecado, y la ligereza por la justicia. ¿Qué es lo que hace que el oído no oiga pesadamente, sino ligeramente? Las alas de la palabra, las alas de la virtud. Pues las alas de la palabra traen mucha ligereza: ¿Quién me dará alas como de paloma, y descansaré? (Sal. LIV). Esto dice el Profeta no orando para recibir alas corporales de paloma, sino alas de la paloma del Espíritu Santo. Dice también Salomón del rico: Se compondrá a sí mismo alas como de águila, y se convertirá en la casa de aquel que le preside. Si recibimos, pues, alas, oiremos ligeramente (Prov. XXIII). Pero si pecamos, y somos negligentes con las alas, y nuestras alas se caen, nos agravaremos, y oiremos pesadamente. Con sus oídos, pues, los pecadores han oído pesadamente. Todos los judíos, que entonces oyeron al Salvador, lo oyeron pesadamente, por eso no creyeron. Hasta hoy, sin embargo, todos los que oyendo las Escrituras, no oyen el discurso espiritualmente, que es ligero, sino la

letra, que es pesada y mata, oyen pesadamente. Y así se oye la Escritura de dos maneras. Por aquel que no entiende lo que se dice, se oye pesadamente: pero por aquel que la entiende, no solo se oye no pesadamente, sino más bien agudamente. Por lo cual, quien se hace entendiente, se hace oyente.

VII. Hay también otra cosa que se profetiza sobre el pueblo de los judíos, y sobre todos nosotros si pecamos: Y han cerrado sus ojos, para que no vean con los ojos, ni oigan con los oídos, ni entiendan con el corazón. De aquellos que no ven, algunos son ciegos, y por la ceguera no ven: algunos están en tinieblas, y por eso no ven: pero otros ni están en tinieblas, ni son ciegos, sino que porque cierran los ojos, no ven. Y la Escritura divina conoce estas diferencias, que son principales de nuestro corazón. Pues dice el Salvador a los que están en cadenas, Salid: y a los que están en tinieblas: para que se les revele. Y a los que están sentados en región y sombra de muerte, luz les ha amanecido. Estos no vieron porque estaban en tinieblas, hasta que les amaneció la luz. Sordos, oíd; y ciegos, mirad. Y por eso estos no vieron antes, porque eran naturalmente ciegos. Pero aquellos que están fuera de estos, y que en comparación con los ciegos y los que están en tinieblas, son mucho peores: son aquellos que no ven porque cerraron los ojos voluntariamente. Pero esto es así, como hemos afirmado, el Salvador me será testimonio diciendo: Si fuerais ciegos, no tendríais pecado. Pero ahora decís que vemos, vuestro pecado permanece (Juan IX). Y bien dice, decís que vemos, pues verdaderamente dice que ven, y tienen la posibilidad de ver, pero cerrando los ojos, no ven. Y si alguna vez ves un alma ingeniosa para entender, y rápida y ágil, no meditando las palabras de Dios, reconoce que no es por ceguera que no ve lo que se contiene en las Escrituras; no por eso, porque esté en tinieblas, sino porque cierra los ojos. Si, pues, oyes a la Escritura divina diciendo a aquellos que cierran los ojos: abre tus ojos, y ve rectamente, abre los ojos de lo que cerraste: entonces podrás ver rectamente, y considerar la luz de la verdad. Y acusa, pues, a aquellos de los que se pregunta, por qué cierran los ojos para no ver. Pero no dice esto, porque no conviene a veces también cerrar los ojos del alma. Pues conviene, como lo hizo manifiesto Isaías, diciendo en lo que sigue: ¿Quién os ha anunciado el lugar eterno? (Isaías XXXIII, 24). El que camina en justicia, y habla el camino verdadero, y recto, tapando sus oídos, para no oír el juicio de sangre, y cerrando sus ojos, para no ver la iniquidad. Si va a suceder, que abriendo los ojos del alma, oiga, y sienta palabras obscenas, es mejor cerrar los oídos, que oír lo que daña. ¿Cuándo, pues, cerraré? Cuando se dicen cosas malas, para no entenderlas. ¿Cuándo se deben ver las palabras de Dios? Cuando nos convertimos, y Dios nos sana, enviando la palabra, que sana a aquellos que quieren ser curados en Cristo Jesús, a quien sea la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA SÉPTIMA. De lo que está escrito: He aquí yo y los niños, etc. Cap. VIII.

1133 I. Da sapienti occasionem, et sapientior erit, dice el sermón divino (Prov. IX). Los santísimos Apóstoles recibieron la ocasión para entender los sermones proféticos. Oremos a Dios para que recibamos sabiduría y podamos hacernos más sabios por la ocasión de los Apóstoles al exponer a los Profetas. El Apóstol, recordando este dicho: He aquí yo y los niños que Dios me dio, luego infiere y explica: Porque los niños participaron de la sangre y la carne, y él mismo se hizo cercano a ellos, que participan de ellos: para que por la muerte destruya a aquel que tiene el imperio de la muerte, esto es, el Diablo, y libere a aquellos que por el miedo a la muerte estaban sujetos a servidumbre eterna (Hebr. II). Por lo tanto, porque los niños se hicieron partícipes de la sangre y la carne, y nuestro Salvador compartió la carne y la sangre; pues era ajeno a su naturaleza y divinidad recibir sangre y carne: pero por nosotros asumió lo que le era ajeno, para hacer domésticos a aquellos que habíamos sido extraños por el pecado. Y ciertamente el Apóstol lo expuso así, diciendo: Porque los niños

participaron de la sangre y la carne, y él mismo se hizo cercano a ellos, que participan de ellos. Pero yo diré, que así como los niños participaron de la sangre y la carne, y él mismo se hizo cercano a ellos, que participan de ellos: así porque los niños no pueden escuchar sermones más fuertes, deben escuchar los sermones de Dios como niños, por esto, hecho en la sangre de los niños por causa de aquellos que participaron de la carne y la sangre, hablando como a pequeños, no habla cosas divinas e inefables, sino lo que los pequeños pueden captar. Todos los hombres son pequeños si los comparas con la perfección del verbo, aunque nombres a Moisés, aunque digas uno de los Profetas; aunque llegues a Juan, de quien no hubo mayor entre los nacidos de mujer (Matth. XI): aunque llegues a los Apóstoles: Pedro, a quien las puertas del infierno no prevalecerán: o Pablo, que fue arrebatado hasta el tercer cielo, y oyó palabras inefables (II Cor. XII): no disminuyes su gloria, diciendo, que también ellos en lo que entendieron, en comparación con lo que no entendieron, fueron instruidos en las disciplinas de los pequeños, que se transmiten a los hombres. Por lo tanto, el Salvador no habla de aquellos que Pablo llama pequeños en Cristo, y afirma que deben ser alimentados con leche, y no con alimento sólido, sino de todos los hombres juntos: He aquí yo y mis pequeños, que Dios me dio (I Cor. III). Pero así como entre los niños algunos son más agudos que otros, y lo que se les enseña lo comprenden más rápidamente: así, digo, Moisés, los Profetas, y también los Apóstoles de nuestro Señor Jesucristo se hicieron semejantes a niños ingeniosos. Por eso, sintiéndose a sí mismos, que aunque hayan progresado, han progresado con el progreso de los niños, dijeron: En parte conocemos, y en parte profetizamos (I Cor. III). Pues no veían aún los asuntos de la verdad, sino las sombras de los asuntos; ni la luz plena, sino una imagen oscura. Por eso repetían, diciendo: Ahora vemos por espejo, y en enigma, pero entonces cara a cara (I Cor. XIII). ¿Quién, pues, leyendo e entendiendo esto se envanecerá, y se elevará sobre el conocimiento, o sobre cualquier don? Pues todo lo que ha llegado a los niños es mucho inferior a lo que está reservado para los hombres. Por lo tanto, no deben elevarse y enorgullecerse aquellos que parecen ser de ingenio más agudo y más rápido entre los niños. A estos niños llama hombres a todos, a quienes también el Salvador mostraba: He aquí, decía, yo y mis niños que Dios me dio. El Salvador recibió un don de Dios. Pues nadie viene a él, si no es atraído por el que lo envió, como aprendemos en el Evangelio según Juan. Y puesto que recibió el don del Padre de aquellos que creen, por eso el Profeta dice de ellos: He aquí yo y los niños que Dios me dio. No debe pensarse que no tenía quien recibió, cuando aún tiene él mismo quien dio.

II. Luego, en lo restante, el Salvador profetiza en el Profeta diciendo que será que cuando reciba a los niños, se harán señales y prodigios en Israel. Así lo tiene: Y serán señales y prodigios en Israel en el Señor de los ejércitos, que habita en el monte Sion. Pues quien habita en el lugar de observación, y en toda alma puede contemplar la verdad, este hace señales y prodigios por el Salvador, y después del Salvador por los Apóstoles, y dondequiera que se encuentra un alma apta para el ministerio de las señales y prodigios de Dios, ya sea según la curación espiritual, o exhortando sensiblemente a aquellos que vienen a la fe, Dios no está ocioso, quien entonces hizo señales y prodigios, también ahora las opera. Y si os dijeren: Buscad a los ventrílocuos y a los que claman desde la tierra, que hablan vanidades, que claman desde el vientre, no buscan las naciones a su Dios, que buscan de los vivos a los muertos (Isa. VIII, 19). Atended porque se ha dicho oscuramente, y el sentido, dado por Dios mismo y revelado, debe adherirse a lo anterior. Nos enseña, pues, a no ser discípulos de otros discursos, sino de los celestiales y buenos. Pues hay algunos que hablan, y prometen verdadera doctrina, que no hablan cosas celestiales, sino terrenales. El que es de la tierra, de la tierra habla: el que viene del cielo, está sobre todos: y lo que ha visto y oído, testifica (Juan III). Si alguien, dice, a los niños que creen en mí, les dijere: Buscad a los ventrílocuos y a los que claman desde la tierra, que hablan vanidades, que claman desde el vientre, como si

buscaran demonios: pues de una especie de demonio ventrílocuo, tropológicamente, llamó a todos los demonios. Si os dijeren, buscad a los ventrílocuos, esto es, buscad de los demonios, ya sea adivinación, ya sea verdad, ya sea contemplación sagrada, respondedles lo que digo: ¿Cuáles son las cosas que les enseña? En lo siguiente dice. Y hay algunos que os envían, más bien a los catecúmenos, en cuanto a ellos les es posible, a los ventrílocuos. Pues quienes quieren que vayáis a los ídolos, de los cuales está escrito: Y todos los dioses de las naciones son demonios, quieren que vayáis no solo a los ventrílocuos, sino a toda especie de demonios. Sin embargo, nuestro Dios, que hace todas las cosas en el cielo y en la tierra, nos arranque de los demonios, y nos haga familiares suyos por nuestro Salvador Jesucristo. Mirad, pues, no sea que alguna vez se engañe el alma de alguno de vosotros, para que aún dude, y vacile, cuando haya oído a este, y a aquel hombre: En aquel ídolo el demonio curó aquella enfermedad: aquello y aquello adivinó. Todas estas cosas son ídolos de demonios, y de hombres que no conocen la verdad. Elevad el ánimo a Dios, que es el creador de todo, y comparad esta piedad con toda la que se anuncia ser piedad, y no es piedad, y ved que sois bienaventurados. Pues ¿quién es como tú, pueblo salvado por el Señor? Y bienaventurada la nación cuyo Dios es el Señor, el pueblo que él eligió para su morada (Sal. CXLIV). Ciertamente fue bienaventurada la nación de los judíos, pero perdió la bienaventuranza, y fue expulsada de su lugar, porque a aquel que fue enviado, y tuvo el testimonio del Padre, no solo por la Ley, y los Profetas, sino también en señales, y prodigios, lo acechó y lo mató. Por tanto, la bienaventuranza pasó a nosotros, discípulos de Jesucristo, y creemos en él firmemente y sin vacilar, viviendo según lo que hemos sido enseñados.

III. Y si os dijeren: Buscad a los ventrílocuos y a los que claman desde la tierra (Juan I, 16). Porque hablan vanidades, los llamó vaniloquios. Toda palabra que se dice, o está vacía, o está llena de verdad. Vacía es toda palabra que es mentirosa. Llena está de verdad, la que tiene el conocimiento de Dios de todos, y enseña a creer en Dios que promete el reino de los cielos a sus santos. Mira, pues, lo que dicen, los que no fueron vaniloquios, ni aparecieron vacíos jamás en la presencia del Señor. Todos nosotros de su plenitud hemos recibido (Juan I, 16). Los que son vaniloquios no tienen esto de la plenitud, sino que todos están vacíos de verdad, vacíos de virtud, vacíos de Cristo. Si os dijeren, buscad a los que claman desde la tierra, que hablan vanidades, que claman desde el vientre. Quiero decir también la causa, por la cual este demonio de los ventrílocuos ha asumido especialmente el discurso, para decir: Si os dijeren, buscad a los ventrílocuos. Encontrarás a todos los que prometen, y no tienen la verdad, sirviendo a su vientre, y de algún modo haciendo todo por su placer y abundancia. No solo los gentiles, sino también aquellos que, prometiendo religión en Cristo, son herejes, y no solo ellos, sino también entre nosotros, que somos eclesiásticos, encontrarás a alguno que por la saciedad del vientre hace todo, para ser honrado y recibir los dones que se ofrecen en la Iglesia. Este tal habla desde el vientre, y la fuente de sus discursos está en el vientre. Pues no fluye la fuente de sus discursos de un buen corazón, no de buenos pensamientos, no del Espíritu Santo. Si, pues, alguien alguna vez promete enseñarte, observa si sus discursos tienen principio en el vientre, o no. La proposición que puede decirse a mí mismo la interpondré, no sea que alguno de vosotros al oírla de alguien, piense que la Escritura le es contraria, o no haya considerado cómo debe aprobarse el discurso en aquellos acusatorios, que claman desde el vientre. ¿Cuál es, pues, la proposición? Si alguien, dice, cree en mí, de su vientre fluirán ríos de agua viva, fuente de agua que salta para vida eterna (Juan VII). Diga, pues, alguno de estos que proponen si el Salvador promete que esta es la fuente de agua que salta para vida eterna, del justo sale, y el justo clama desde el vientre. Pues la fuente de agua, que Dios promete, está en su vientre. Pero debe decirse no sea que tengamos dos vientres, y uno sea corporal, otro espiritual; como las demás partes, que parecen nombrarse en el cuerpo, como son los ojos, pero otros del cuerpo, otros del alma. Pues si se dice de los

ojos: El mandamiento del Señor es puro, iluminando los ojos (Sal. CXVIII), no creo que esto deba referirse a los ojos corporales. Y si se dice: El que tiene oídos para oír, oiga (Matth. XIII), no debe pensarse que esto se dice de los oídos del cuerpo, sino del alma, que tienen los que son puros en el oído del alma. Pero si se dice en la promesa: Tu pie no tropezará (Juan XIV), no debe pensarse que se dice del pie del cuerpo. Pues hay un pie del corazón que entra a aquel que dijo: Yo soy el camino. Así, pues, semejante al vientre corporal es el vientre del alma, del cual habla el justo: Por tu temor, Señor, en el vientre concebimos, y dimos a luz, y parimos el espíritu de tu salvación, que hiciste sobre la tierra (Isa. XXVI, 16). Pero quienes tienen el vientre lleno de vanos discursos, que son de la tierra, tienen un vientre subsistente de la tierra del cual está escrito: Pero Dios destruirá tanto a este como a estos (I Cor. VI). Los santos, pues, tienen un vientre, en el cual por el temor del Señor han concebido, y su vientre está lleno de fuentes de agua que salta para vida eterna. De este vientre dice aquel: Mis oídos y mi vientre son como un odre lleno de mosto y atado (Job XXXII). Pues esto no lo dijo del vientre corporal: pues su vientre corporal no estaba lleno de cosas divinas, y de vino atado en un odre. Esto en solución de la proposición.

IV. Ahora volvamos a lo que comenzamos. Si, pues, os dijeren, buscad a los ventrílocuos, y a los que claman desde la tierra, no se busca la nación a su Dios, respondedles esto. Se dice deficientemente. Respondedles esto, no se busca la nación a su Dios. Cada nación, si busca a Júpiter, refiere lo que buscó a su propio Dios. Respondedles esto. Pero vosotros, israelitas, teniendo al Dios verdadero, que está sobre todo, cuando buscáis, no busquéis a los ventrílocuos, ni a los que claman desde la tierra, ni a los vaniloquios, sino a vuestro propio Dios. Que buscan de los vivos a los muertos. Pues muertos son los demonios privados de la verdadera vida, que dice: Yo soy la vida. No hagáis, pues, que los muertos sean resucitados de los negocios de los vivos (Juan XIV). Pues habéis recibido la Ley. Oh vosotros, a quienes no se pudo persuadir, para que buscarais estas cosas de los ventrílocuos, y de los que claman desde la tierra, vanos discursos recibiendo la ley en ayuda de vuestra Ley, atended: en vuestra ley está escrito: No sigas a los ídolos: haciendo según la ley no atendáis a los ventrílocuos, ni a los que claman desde la tierra. Pues dio la ley en ayuda, para que digan, no es como esta palabra, por la cual no se deben dar dones (Isa. VI, 10). Pues quien ha asumido la Ley, y sabe, porque la Ley es en ayuda, y especialmente espiritual, que prohíbe buscar de los ventrílocuos y augurios: 1139 este cuando haya entendido la Ley, debe admirándola decir, ninguna palabra tan pura entre griegos y bárbaros, como es la palabra de la Ley. Pues de toda palabra, de toda doctrina prometiendo la verdad difiere la Ley, que nos ha sido dada por Dios. Pues dio la ley en ayuda, para que digan, no es como esta palabra. ¿Qué es lo que no es como esta palabra? Muchas son las palabras, pero no como esta palabra. Pues ninguna palabra después de la palabra de Moisés, después de la palabra de los Profetas, mucho más después de la palabra de Jesucristo y sus Apóstoles. Mira si no claman los sentidos de Dios lo que se ha dicho: Pues dio la ley en ayuda: para que digan, 1140 quienes han recibido la Ley en ayuda, no es como esta palabra, que habló Moisés en la Ley dada por los ángeles en mano de mediador (Gal. III, 19). Pero mucho más dignamente puede decir esto la Iglesia, no es como esta palabra, que se hizo carne, que habitó entre nosotros, cuya gloria vemos, no como Moisés cubierta con un velo, sino gloria como del unigénito del Padre, lleno de gracia y verdad. No es como esta palabra, que recibió la Iglesia, en la cual cree, por la cual también será salvada, la Palabra que en el principio estaba con Dios, Dios Verbo, a quien sea la gloria y el imperio por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA OCTAVA. De lo que está escrito: Aullad esculturas en Jerusalén y en Samaria: hasta el lugar donde dice: y conmoveré las ciudades que están habitadas. Cap. X.

1139 I. Antiguamente, cuando el pueblo pecó primero, cayó de la religión, y fabricó esculturas Judas en Jerusalén y el que se llamaba Israel, en Samaria. Pero si ahora alguien considera de entre la multitud de aquellos que se reúnen pecadores, no le molestará decir, que cada uno haciendo un dios, lo que estima ser bueno, y sirviendo al pecado, maldito es el que hace escultura, y funde obra de manos de artífice, y la pone en oculto. En el oculto del corazón hacemos muchas veces ídolos, si pecamos. Por eso el sermón nos enseña a hacer penitencia, y aullar sobre las esculturas e ídolos, que están en Jerusalén y Samaria. Y si pecamos nosotros, que deseamos ser de la Iglesia, en Jerusalén hacemos esculturas. Si, en cambio, aquellos que están fuera de la Iglesia, como los herejes, pecaron, hacen ídolos en Samaria. Sin embargo, el Dios omnipotente a todos según su bondad, los llama a la penitencia, diciendo: Aullad esculturas en Jerusalén, y en Samaria. Como hice a Samaria y a sus obras hechas a mano, así haré a Jerusalén y a sus ídolos. Amenaza con lo que hizo a los samaritanos, y a aquellos que son de la Iglesia. Pero cuando Dios haya consumado todo haciendo en el monte Sion, y en Jerusalén, inducirá sobre el gran sentido al príncipe de los asirios, y sobre la altitud de la gloria de sus ojos (Isa. X). Se nos enseña lo que será del enemigo nuestro y del Diablo (Gen. III), a quien el Profeta ahora llamó un gran sentido. Pues como la serpiente era más sabia que todas las bestias que están sobre la tierra, y los hijos de este siglo son más sabios que los hijos de la luz en su generación; y el dispensador de la iniquidad hizo sabiamente según una sabiduría no buena: de la misma manera este que figurativamente se llama príncipe de los asirios, es un gran sentido, y es de admirar la magnitud de su sentido: en el cual se abusó para instruir a los sabios de este mundo, que con toda verosimilitud, y toda virtud componiendo la falsedad de sus sectas, la exhiben. Cuando, pues, Dios haya hecho todo en el monte Sion, y en Jerusalén, y haya devuelto lo que fue prometido a los justos, entonces inducirá sobre el gran sentido al príncipe de los asirios, y sobre la altitud de la gloria de sus ojos. Lo conoce el sermón como sabio, y el comienzo de su ruina comenzó por la inflación. Por eso, si nos inflamamos, caeremos en el juicio del diablo, en el cual cayó el mismo Diablo.

II. Veamos también cuán grande es su arrogancia, para que la evitemos y no permitamos que diga la verdad sobre nosotros. ¿Qué dice entonces? Con fuerza lo haré, y quitaré la sabiduría del entendimiento, los límites de las naciones (Isaías X). Cree que con su fortaleza puede lograr en nosotros lo que desea. Y en verdad, si somos vencidos y después de estas palabras pecamos; si después de la Iglesia volvemos al circo, a las carreras de caballos, y a las reuniones de los gentiles, ¿qué otra cosa sucede sino que nos posee vencidos? ¿Y qué dijo Zabulón, con fuerza lo haré? Logra en nosotros, pecadores, lo que amenazó. Pero si también cometemos fornicación después de un largo tiempo de castidad, después de mucha santidad, ¿qué otra cosa sucede sino que se prueba que habló la verdad sobre nosotros, quien dijo, con fuerza lo haré? Veamos también qué más promete este jactancioso. Y quitaré la sabiduría del entendimiento, los límites de las naciones. Promete una sabiduría que no sé cuál es, de la que también habla el Profeta. Es una cierta sabiduría extranjera en ellos (Jeremías VIII, 9). Hay una sabiduría ajena a la verdad, que Dios destruirá. Teniendo esta, se cree sabio, y dice: Quitaré la sabiduría del entendimiento, los límites de las naciones, y devoraré sus fuerzas. Pues su operación ha llegado a todas las naciones; pero el Salvador, enviando sus palabras a todas las naciones, liberó a aquellos que estaban cautivos por Zabulón en todas las naciones. Y devoraré sus fuerzas. Amenaza con saquear nuestras fuerzas y entregarlas a los que militan contra nosotros. Y en verdad se le ve haciendo esto en algunos. Pues cuando alguien es vencido por Zabulón y es entregado a los demonios, a los espíritus malignos, a las virtudes contrarias, ¿qué otra cosa ha sucedido sino lo que él dijo: Y devoraré sus fuerzas? Tomando nuestras fuerzas, nos ha devorado. Y conmoverá las ciudades habitadas (Isaías X, 24). Y esto

amenaza Zabulón; ve que las ciudades, las Iglesias de Dios construidas en Cristo el Señor, están habitadas, y proclama que las conmoverá. Y frecuentemente ha sacudido las ciudades habitadas con persecuciones, frecuentemente las ha sacudido con escándalos. Pero intentemos ser tales, teniendo el fundamento sobre la roca, que aquel que dice: Conmoveré las ciudades habitadas, no pueda movernos con sus tormentas, ni con los espíritus adversos. Sin embargo, ante todo lo que suceda, perseveremos firmes, como quienes tienen el edificio sobre la roca, Jesucristo, a quien sea la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA NOVENA. Sobre lo que está escrito: Y oí la voz del Señor diciendo: ¿A quién enviaré, y quién irá a este pueblo? y pasando por pequeñas cosas, llegó hasta el lugar donde está escrito: Pide para ti una señal del Señor tu Dios en lo profundo, o en lo alto. Cap. VI, VII.

1141. Y oí la voz del Señor diciendo, ¿a quién enviaré, y quién irá a este pueblo? Y dije: Aquí estoy, envíame. Y él dijo: ve, y di a este pueblo: Oiréis con vuestros oídos, y no entenderéis, y lo demás. Sobre lo que ahora se ha leído del discurso del Profeta Isaías, oremos a Dios, para que nos conceda la gracia de poder exponer dignamente con espíritu profético. Y oí, dice (Éxodo IV), la voz del Señor diciendo: ¿A quién enviaré? Después de que el Profeta fue purificado de labios, estaba preparado para recibir el ministerio del Señor, y dice: Aquí estoy, envíame. Pero para estar más preparado para esto, recordaba la voz de Moisés. Pues él también usando la misma voz, envíame, fue hecho príncipe del pueblo, juez, y llamado siervo de Dios. Sin embargo, escuché a un hebreo exponiendo este lugar, y diciendo que el Profeta con gusto y preparado recibió la profecía para el pueblo, ignorando lo que se le iba a decir. Pero al escuchar las cosas tristes que debían anunciarse al pueblo, esto es, oiréis con vuestros oídos, y no entenderéis, etc. (Isaías XL), en lo siguiente se vuelve más reacio: cuando la voz de Dios le dice; Clama, él responde, y dice: ¿Qué clamaré? Creo que esto se profetiza sobre el Salvador; porque iba a suceder que oyendo no oirían, y viendo no verían. Se hará más claro lo que se dice, si consideramos un poco este lugar: viendo miraréis, y no veréis, es de este tipo. Veían entonces a los ciegos recobrar la vista, pero ignoraban la razón de la visión. Oían las parábolas, que el Salvador explicaba en secreto a los discípulos. Ellos mismos no oían, sin saber lo que se decía, por esto testificándolos dijo: El que tenga oídos para oír, que oiga. Pues no carecían de estos oídos, para no oír; pero sus oídos interiores estaban pesados para oír. Por esto les predica, y por el Profeta predice el futuro diciendo: Oiréis con vuestros oídos, y no entenderéis: y viendo miraréis, y no veréis. Porque se ha engrosado el corazón de este pueblo. ¿Qué significa esto que se dice: Porque se ha engrosado el corazón de este pueblo, veamos. A todos los que están inmersos en las preocupaciones de esta vida presente, se les ha engrosado el corazón: no de otra manera a aquellos que permanecen en lo secular se les ha engrosado el corazón, como si fueran sofocados por espinas. Por eso el corazón se engorda, y no puede recibir las nociones de un espíritu más sutil. Evitemos, pues, tales preocupaciones, para que nuestro corazón adelgazado sea aceptable a Dios. Evitemos los asuntos terrenales. Estos son los que engordan el corazón. Por esto el discurso era sutil, como se escribe en Éxodo sobre lo que dice: Cualquiera que sea por la finura de corazón de este tipo, estos verán a Dios (Éxodo XXIV). Pues con tales ojos se ve a Dios. Se dicen tres cosas. Porque se ha engrosado el corazón de este pueblo, y con sus oídos han oído pesadamente, y han cerrado sus ojos. Pero también pueden entenderse de otra manera más claramente, lo que se dice en este lugar. Pues muchos hombres piensan que mirando las criaturas, y contemplando este mundo, ven esas cosas. ¿Y qué digo de los hombres? He aquí que las aves y los cuadrúpedos ven el sol y la luna, y todo el cielo con el coro de las estrellas; pero no entienden sus razones. Solo los justos y santos comprenden viéndolas a través de la razón de la sabiduría de Dios. Por eso en el octavo salmo David dice: Porque veré tus cielos, obra de tus dedos, la luna y las estrellas, que

tú fundaste. ¿Qué, pues, ahora el Profeta no ve el cielo y la luna? Pero esto que dice veré, si lo consideramos, podremos entenderlo.

a Se han vuelto a las iniquidades. ¿De quiénes? No dice simplemente, de los padres, sino con un añadido, de sus padres anteriores. Dijimos que esto se dice de nosotros, y de aquellos que son pecadores entre nosotros. ¿Cómo, pues, los que son pecadores entre nosotros, se han vuelto a las iniquidades de los padres, y de sus padres anteriores? Tenemos padres dobles, y una especie es de padres pésimos. Pues antes de que creyéramos, el diablo era nuestro padre, como muestra el discurso evangélico, diciendo: Vosotros sois nacidos de vuestro padre el diablo. Pero cuando creímos, fuimos hechos hijos de Dios. Si, pues, después de esto pecamos, nos volvemos a las iniquidades de los padres, no simplemente, sino de los padres anteriores. Para probar esto, que tenemos padres dobles, usamos también el testimonio de David, en el salmo cuadragésimo cuarto, diciendo así: Escucha, hija, y ve, e inclina tu oído, y olvida a tu pueblo, y la casa de tu padre. Como si comenzara diciendo: Escucha, hija. Por lo tanto, nuestros padres son dobles. Pero olvida, dice, la casa de tu padre anterior. Si, pues, olvidando la casa de tu padre anterior, vuelves a los pecados, caíste en lo que ahora se dice pecado: Se han vuelto a las iniquidades de sus padres anteriores. Decíamos hace poco que el diablo era nuestro padre, antes de que Dios se hiciera padre, si es que ahora no tenemos también al diablo como padre: lo cual también aprobamos de la Epístola de Juan, en la que se escribe así: Todo el que comete pecado, es nacido del diablo. Nacemos del diablo tantas veces como pecamos. Infeliz aquel que siempre es engendrado por el diablo. Y nuevamente muy bienaventurado quien siempre nace de Dios. Pues no diré una sola vez, que el justo nace de Dios, sino que por cada obra de virtud el justo siempre nace de Dios. Pero para que esto pueda probarse más plenamente, también hablemos del nacimiento diario de nuestro Salvador, obteniendo claramente esto en los justos que ha precedido en el Señor. Nuestro Salvador es el resplandor de la gloria, pero el resplandor no nace una sola vez, y luego deja de nacer: cada vez que surge la luz, de la cual surge el resplandor, tantas veces surge también el resplandor de la gloria. Nuestro Salvador es la sabiduría de Dios. La sabiduría es el resplandor de la luz eterna. Así, pues, el Salvador siempre nace, y por eso dice: Antes de todos los montes me genera, no, como algunos leen mal, me generó. Si el Señor siempre nace del Padre, también tú a semejanza de él, teniendo solo la adopción escrita, siempre eres engendrado por Dios por cada entendimiento, por cada obra, y te haces hijo de Dios en Cristo Jesús, a quien sea la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén.